

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. K-HITO.—Madrid.

—¡Eh! Avisame si está fría, porque yo me vuelvo.

Ayuntamiento de MADRID

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En estos días es cuando
más indicado está el uso
de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S

para nuestro concurso de agosto

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º Un billete de lotería para el primer sorteo del próximo octubre.

2.º Medio billete de lotería para el mismo sorteo que el anterior.

1. - Advertencia.

CONDENADO A 2 MUERTE

2. - De cierta extremidad.

— ¿Sabes lo ocurrido a prima-prima?
— Segunda-prima que un accidente de automóvil le rompió un brazo.

— Los amigos de segunda prima-tercia tienen la culpa. Se empeñó en guiar uno que iba curda, metió la todo... y ¡la catástrofe!

3. - Una locución.

500 ORIENTE
VOLUMEN
INCÓGNITA
50010000

4. - Un traidor.

GRACIA
OZBRENCS

CUPÓN

correspondiente al número 88
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

3.º Suscripción gratis por un semestre a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirse reunidas antes del día 10 de septiembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de agosto, insertos

en esta página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 23 de septiembre se publicarán las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.



Dib. BELLÓN
Madrid.

ESTUDIANTES

— A mí no me vuelves a llamar gallina, ¿lo sabes?
— ¡Hombre!... Es que como éstos me decían que estabas empollando...

Concurso de pasatiempos del mes de junio

SORTEO DE PREMIOS

Verificado públicamente el anunciado sorteo, han resultado agraciados los pierdetiempistas siguientes:

PRIMER PREMIO. — Un billete de la Lotería Nacional, número 7.929, para el sorteo del 1 de agosto, a D. José Jiménez Castro, Conde Duque, 3, Madrid.

SEGUNDO PREMIO. — Medio billete de la Lotería Nacional, de igual número y para el mismo sorteo que el anterior, a D.ª Magdalena Yarza, Princesa, 60 duplicado, Madrid.

TERCER PREMIO. — Suscripción gratuita por un semestre a BUEN HUMOR a D. Eloy del Puerto, paseo de San Vicente, 8, Madrid.

Los agraciados con los dos primeros premios pueden pasar a recogerlos en nuestra Redacción cualquier día laborable, de cuatro a siete de la tarde, previa la correspondiente identificación de su personalidad.

5. - Lo que buscaban los diputados.

ÁRBOL DE MADERA DURA

AFICIONADO A NOVENAS,
TRIDUOS, SERMONES, ETC.

CUPÓN NÚM. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de agosto.



--¿POR QUÉ CANTAS

cuando te afeitas, papá?

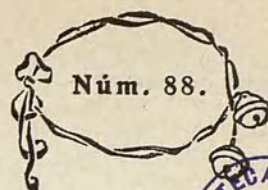
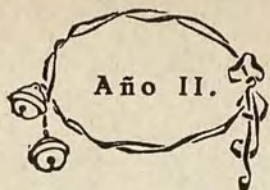
—Porque con el Jabón Gal me afeitado a escape y a gusto.

—Pues cuando yo sea mayor, ya tengo la receta para estar tan contento como tú...

EL JABÓN GAL PARA LA BARBA

forma en el acto espuma abundantísima que no se seca en la cara. Suaviza la piel y ablanda en un minuto la barba más dura, facilitando el paso de la hoja.

Barra, 1,50 en toda España.
Perfumeria Gal. - Madrid.



LA AVENTURA DE DON RODRIGO



ON Rodrigo, don Tomás, don Marcelo y don Sabino eran cuatro viejos amigos, bilbainos de pura cepa, amantes de las heroicas tradiciones de la villa y del chacolí.

Don Rodrigo había sido militar entre las fuerzas liberales que allá por el año 1836 se zurraban la pandereta con los carlistas por si había de ser la reina o D. Carlos quien ocupara el trono español.

Tenía el viejo soldado algunas medallas ganadas a costa de mil penalidades y de haber puesto en muchas ocasiones la vida a cuatro dedos de la guadaña de La Chata, medallas que guardaba con infinito amor, como un avaro sus tesoros, y que repetidas veces había enseñado a sus amigos triunfalmente, enumerando con entusiasmo la historia de cada una.

— Esta la gané en... Esta otra me costó un tiro en la rodilla, que... ¡ya, ya!

Los cuatro amigos se pasaban toda la semana pensando con gran contento en la próxima fiesta, como si fuesen a hacer terribles calaveradas en aquel día, siendo sus únicas correrías subir

«al alto de Begoña a beber chacolí».

si el tiempo se lo permitía a sus ya destartalladas humanidades. Si llovía se metían en cualquier cafetín de «Las siete calles», en donde se pasaban la tarde beatíficamente, contando las mismas historias y los mismos chistes siempre, que para ellos eran de mucha novedad y que celebraban con risas felices, seguidas de un muy lindo concierto de toses y carraspeos.

Cuando don Rodrigo les refería sus andanzas guerreras, se le iluminaban los ojillos fieramente y saltaba de entusiasmo:

— ¡Menuda paliza les dimos!... ¡Conchol!...

Aquella tarde llovía si Dios tenía qué, y nuestros cuatro *chimbos* se habían reunido en una sombría *tasca* de la calle de la Ronda, en donde, después de beberse sus vasos de leche y encender unos disformes cigarros liados con manos temblorosas, empezaron, como siempre, a contar las desgastadas aventuras de sus años mozos.

Tocándole el turno a don Rodrigo, éste, luego de arrellanarse cómodamente en su asiento y de chupar con furia el cigarro, empezó:

— Pues veréis lo que me pasó a mí una vez...

Don Tomás, don Marcelo y don Sabino acercaron sus sillas, deseosos de no perder una sílaba de la estupenda historia, ya que para aquellos benditos

señores todo lo que les había ocurrido en su larga vida era de una importancia maravillosa. Don Rodrigo continuó:

— Estábamos «nosotros» («nosotros» eran los liberales) en un pueblo de Alava, esperando la orden de venir hacia Castrejana, en donde teníamos que reunirnos con Espartero. Había en la casa donde nos hospedábamos los sargentos (porque yo era sargento entonces) una cuadra muy grande, en la cual hacíamos tertulia todas las noches.

«Nunca faltaba el chacolí. Lo pasábamos muy bien; lo que se dice muy bien.

«Estaba en mi compañía un tal Domingo Ansoátegui y Muguruza, natural de Elorrio y sargento también, que era de lo más *chirene* que os podéis figurar. ¡Con él, imposible aburrirse!

«Una noche que estábamos en la cuadra que os he dicho, contando cuentos de brujas y aparecidos, va y me dice Chomin Churri (o sea Domingo):

«— Oye, Rodrigo. ¿A que no eres capaz de hacer una cosa que yo te diga?

«Yo siempre tuve fama de hombre animoso (mal está el decirlo); así que le contesté:

«— ¡Sí lo haré! ¿Qué es ello?

«— Pues mira: la cosa consiste en ir al cruce de dos caminos, y hacer con el dedo en el suelo una cruz en el momento de dar las doce de la noche en el reloj de la iglesia.

«— ¿Pues?... ¿Qué pasa?...

«— ¡Que se te aparece el diablo!

«Yo había dado mi palabra, y no podía volverme de lo dicho. ¡No querí! ¡Conchol!

«Conque nos fuimos allá (a un sitio de las afueras). Era condición indispensable el que yo estuviese solo en el lugar indicado, por lo que los que me acompañaban se quedaron como a unos veinte metros, escondidos entre unos jaros desde donde me veían muy bien, gracias a la luz de la luna, que me daba de lleno.

«¡Os digo la verdad! ¡Yo estaba muy nervioso; pero no sentía ni pizca de miedo! ¡Estaba dispuesto a hacer la cruz!»



Dib. SILENO. — Madrid.

Al llegar aquí en su narración, los tres amigos de don Rodrigo preguntaron con ansiedad:

— ¿Y la hiciste?
— ¡No!

Por las espaldas de don Tomás, de don Marcelo y de don Sabino culebreó un escalofrío de terror.

Don Rodrigo, solemne y grave como un juez, terminó al tiempo que daba un gran manotazo sobre la mesa:

— ¡No! ¡No la hicel... ¡Porque el reloj de la iglesia se había parado!

José Luis HERRERO

"NOSCE TE IPSUM"

Cuentan que el doctor Breñales inventó cierto específico que era un remedio magnífico contra los más fieros males, pudiéndose asegurar que tan plausible invención causó una revolución en el arte de curar:

porque, según él decía en un anuncio sencillo, lo mismo que el tabardillo curaba la pulmonía,

y que en la farmacopea nacional, aunque copiosa, no había existido cosa igual a su panacea.

«¡Se acabaron las neuralgias, la diabetes, la nefritis, los cólicos, las bronquitis, las dispepsias, las gastralgias...!»

Así afirmaba Breñales alabando a su específico, que era un remedio magnífico contra los más fieros males.

Creyó el público el mejor el específico aquél, y, ¡es claro!, acudió en tropel a casa del inventor, y fué tan extraordinario el éxito y tan pasmoso, que aquel doctor venturoso llegó a hacerse millonario.

✱ ✱ ✱

Pues bien: dispuso la suerte que aquel célebre doctor en el lecho del dolor cayese herido de muerte.

Y como no había espera, sus parientes y allegados, llorosos y acongojados, le hablaron de esta manera:

— Tu estado es muy peligroso, y si es que aprecias tu vida, debes tomar en seguida tu específico famoso

— ¿Mi específico?... ¡No quiero!

— ¡Sí; con él te curarás.

— ¿Mi específico?... ¡Jamás!

¡La salud es lo primero!

MANUEL SORIANO



Dib. FERVÁ
Madrid.

— Llégate de mi parte al domicilio del doctor y le preguntas las señas de su casa.

UNA COMEDIA ADMIRABLE

I

— He terminado *aquello*.

— ¿Lo de Rosario?

— ¿Eh?... ¡Bah!... Te hablo de mi comedia *El dolor de llegar*. Ya me la pusieron en limpio, a máquina, y sacaron varias copias... ¡Y sólo falta estrenarla!

— ¿Y dónde?...

— Todavía no sé. Voy a leérsela a Fulano, que este año vendrá de primer actor.

— ¡Puff! Debiste leérsela antes.

— ¿Antes de escribirla?

— Por entonces.

— Tengo una carta de recomendación para don Mengano.

— ¡Un nombre ilustre!

— Y no creo difícil *colocarle* una lectura a Zutano, el empresario del ***.

— ¿Y nada más?

— ¿Qué quieres decir?

— Que quién te empuja.

— Mira, se fantasea mucho en eso de los padrinzos y de las recomendaciones.

— ¿Tú lo crees así?

— Estoy convencido.

— Más vale, porque los Mecenas de hoy no suelen ser como el Lemus de Cervantes, que le premiaba sin exigirle otra cosa que seguir teniendo talento.

— ¿Y qué habrían de exigirme a mí?

— ¡Psch!... Tal vez se dignasen colaborar en tu obra: abrirían tu manuscrito, tacharían todo lo que en él sea brillante, alado, ligero... Luego, quizás reclamasen los dos tercios de los derechos de autor.

— ¡Calla, no hables así! Creerán que es la envidia, el despecho o la impotencia quien te inspira esas quejas.

— Bueno...

— Se trata de mi primera obra, y desde luego no la juzgo perfecta. Pienso, sí, que a fuerza de constancia, esfuerzo y trabajo haré mío el éxito.

— Comienza por tener éxito, que ya habrá imbéciles que te encontrarán talento.

— ¡Gracias, hombre!

II

El crítico de moda (serio como un discurso en latín, impenetrable como la conciencia de un sabio). *El empresario del **** (joven, frente tersa, donde la falta de arrugas, más que juventud, indica la nulidad completa de ideas. Escucha con gran capacidad). *El autor*, que acaba de leerles a los otros dos lo de «telón rápido» del último acto de su obra.

EL CRÍTICO. — Descanse usted.

EL EMPRESARIO. — Sí; descanse usted.

EL AUTOR. — Gracias, muchas gracias. Me han soportado ustedes...

C. — Le hemos oído con mucha complacencia.

E. — Con muchísimo gusto.

A. — Gracias, muchas gracias.

C. — Es preciso alentar a ustedes los jóvenes.

E. — Es necesario ayudar a la juventud.

A. — No sé cómo agradecerles...

C. — Nos ha dado usted una comida exquisita.

E. — ¡Estupendal

A. — ¡Por Dios, señores!...

C. — ¡En fin!...

E. — ¡En fin!...

A. — ¿Y... su opinión..., mi obra?...

C. — ¡Ahl... No está mal.

E. — No; no está mal.
 C. — Tiene interés; los personajes se mueven con soltura...
 E. — Interesante, muy movida.
 C. — Claro que es su primera obra...
 A. — Sí, señores.
 C. — Se observa algo de inexperiencia...
 E. — Falta de práctica...
 C. — El primer acto no llega a exponer con toda claridad el asunto...
 E. — Sí; algo difuso aquel primer acto.
 C. — Por eso, en el segundo, el conflicto no se plantea en forma.
 E. — ¿Verdad que no?
 C. — Y el desenlace adolece de inverosimilitud...
 E. — Un poco falso...
 C. — ¡Son sus primeros pasos, joven! Seguramente llegará usted a producir algo notable.
 E. — ¡Hay maderal!
 A. — Entonces, la comedia que acabo de leerles...
 C. — ¡Bah!... Deje usted eso. Eso es sólo su primera obra.
 E. — Los primeros pasos...
 C. — Siga el consejo tan repetido: comience por la tercera comedia o el quinto drama.
 E. — ¡Je, je, jel...
 A. — Pero...
 C. — ¡Animo, y no desmayar! Algún día se acordará usted de esta sobremesa.
 E. — Sí; seguramente no se le olvidará.

Saludos, despedidas. El mozo presenta la cuenta. La agonía muda, interior, del novel, no tiene más testigos que un orgullo sangrando y un corazón desfallecido.

III

— ¡Bravol... ¡Bravol... ¡El autor!... ¡El autor!... ¡Bravol...
 Cinco salidas a escena, ¡y estamos en el segundo acto!...
 Entreacto. Codazos. Cigarrillos. Comentarios.
 — ¡Es una consagración con todas las de la ley!
 — Don Mengano, ¿que le parece a usted?
 — No está mal. Ha mejorado mucho el chico este.
 — ¿Usted le conoce?
 — ¡Por Dios!... ¡Si de mí recibió los primeros consejos! Voy a dar un abrazo a ese pollo.

— Conque al fin entró usted en el corro, ¿eh?

— Así parece, don Mengano.
 — Lo que nos ha servido usted esta noche está muy bien, querido. Siguió usted mi consejo, ¿verdad? ¿Es ésta la cuarta comedia o el quinto drama?

— Es la misma comedia de mis primeros pasos, que leí a usted y al empresario del *** a los postres de una cena y que he cambiado de título.

VICENTE VEGA



Carlos Luis de Cuenca, nuestro querido compañero, ha publicado un libro, Juan el Tonto, que está obteniendo un gran éxito de público y de crítica.

Para deleite de nuestros lectores, publicamos a continuación una escena del capítulo XIV:

Al abrir la puerta, los ojos curiosos de Juan recorrieron los ámbitos de aquel establecimiento, y la impresión primera que recibió fué poco grata.

Una pesada atmósfera de humo de tabaco, una concurrencia nada simpática, un acre olor a vinos y aguardientes, y, en el fondo, un patíbulo vestido de percalina blanca con cenefas rojas, y en un pequeño escenario sobre él levantado, un hombre muy moreno, con el pelo cano, tocando la guitarra; una fila de mujeres gitanescamente ataviadas, unas más feas que otras y alguna guapilla, por excepción, y al lado del guitarrista, un hombrón como de cuarenta años, que cantaba unas cosas muy raras acompañándose con un bastoncito, que golpeaba la silla de cuando en cuando.

— ¡Chitito! — dijo Paco a sus compañeros —. Sentaos ustedes sin ruido, que se está cantando el *Niño de Estepona*.

Sentáronse todos en silencio en una de las mesas próximas a la puerta y escucharon religiosamente al niño cuarentón del bastoncito, que terminaba una maravilla de *cante jondo*:

«... y son, ¡aaaaay!, las ducas que,
 las ducas que
 me me me me
 me están, ¡aaay!,
 que me están matando...»

Una voz ronca, que ponía en aquella melodía, arrastrada como a empujones, ansiedades de disnea y gorgoteo de gárgaras, acaba por soltar la frase final como quien lanza un reto, y entonces las muestras de aprobación, que se limitaban durante aquellos solemnes mo-

mentos a un *mucho* o a un *ole* comprimidos, estallaban en estruendoso barullo de voces y palmadas.

¡Qué extraños le parecieron a Juan aquel modo de cantar y aquel entusiasmo!

Paco, que advirtió, sin duda, en la expresión de su cara esta impresión, se apresuró a decirle:

— Esto es *cante jondo*, amigo Garrido, y *er cante jondo* hay que distinguí un rato largo pa poderlo apresar, ¿sabusté? Es mucho *cante* pa la primera vez, le prevengo *asté*.

Se levantó la más agraciada de las mujeres de la fila y se adelantó al proscenio.

— Eto le vásté a gustá, Garridito — dijo Paco, que, poniéndose en pie, gritó a la joven:

— ¡Candelas! ¡Candelias, hija, *sarte* por *alegrías*!

Sonó la guitarra, todas las mujeres tocaron las palmas, y Candelas cantó con buena voz, aunque un tantico chillona, una pieza de su repertorio, jaleada por las otras mujeres y por el público, y al final fué aplaudidísima. Paco se puso las manos abiertas a los lados de la boca, como portavoz, y gritó:

— ¡Er tango!

— ¡Tango, tango! — repitió Vicente; y el público, unánime, gritó también: «¡Tango, tango!»

Hizo un mohín desdeñoso Candelas, se encogió de hombros, miró al público muy sonriente y, recogiendo la almidonada falda y colocándose sobre su repeinada cabeza un sombrero de hombre, comenzó a cantar y bailar al mismo tiempo un tanguito bastante desvergonzado.

Marcando el ritmo de la danza con el taconeo, arqueando los brazos y girando sobre las muñecas las abiertas manos, hacía gestos picarescos con los ojos y lúbricos movimientos con su cuerpo de cuando en cuando, que arrancaban rugidos de entusiasmo de la concurrencia.

Al terminar el tango, la ovación fué formidable.

Venia detrás de aquel número el descanso, y las mujeres descendieron del tablado y se repartieron por las mesas a recibir los plácemes y requiebros de los parroquianos, *dejándose* convidar por ellos y procurando el mayor consumo del establecimiento, que este estímulo al gasto del público formaba parte de sus deberes de artista contratada.

Candelas, sin embargo, no se acercó a ningún grupo de aficionados, y fué a sentarse en una mesita inmediata a la que ocupaba Juan con sus amigos; y a poco una niñera, que era una chiquilla, le trajo una criatura que cogió en sus brazos y le dió el pecho.

Juan la contemplaba con grandísima atención, maravillado del contraste que a sus ojos se ofrecía. ¡Aquella mujer, que acababa de bailar descaradamente provocativa, estaba allí, como la más

modesta madre de familia, dando de mamar a su niño!

No tardó en acercarse a ella un hombre moreno y malencarado, que se puso a hablar con ella en voz baja.

En esto comenzaron a caer en la mesa de los amigos de Juan algunos corchos de botella, a guisa de proyectiles, y como Vicente cogiera uno para devolverlo a su procedencia, se apresuró Paco a contenerle, diciéndole:

— ¡No, por tu salud, no lo tires! Más cuenta nos tiene hacer la vista gorda. Son unos *curdas* que hay junto al mostrador, y si les hacemos caso, vamos a tener bronca. ¡Déjalo estar!

Juan, ante aquella advertencia, y en vista de que los taponcitos seguían viniendo por el aire, vió la bronca posible, y quizás inmediata, y pareciéndole que lo más prudente en aquel caso era marcharse a la calle, acabó por decir a sus compañeros:

— Señores, si ustedes se quedan, tengo el sentimiento de despedirme de todos, porque tengo que madrugar, y...

— No se vaya.

— Es temprano.

— Faltan los números mejores.

Juan cedió a quedarse muy a disgusto. La probabilidad de una riña con aquellos borrachos le daba miedo, aunque no lo confesara, y estaba deseando verse en la calle. En aquellos instantes, el temor se había apoderado de su espíritu como en sus mejores tiempos. Veía en su imaginación que los *curdas* se crecían con su pasividad y arreciaban en la burla hasta armarse la disputa y volar botellas y sillas, y salir a relucir navajas. No; él no era valiente en ninguna parte, por regla general; pero en aquel café, lleno de aquella gente, muchísimo menos. En este estado de ánimo escuchó a Candelas que, malhumorada, decía al mocetón con quien hablaba:

— ¡Amos! Que he dicho que no, y no, porque no pue se. ¡No me des más la murga!

El hombre se puso en pie, y soltó a Candelas una bofetada tan enorme que la hizo vacilar, y en un tris estuvo que no fuera al suelo la criatura que tenía al pecho. Se levantó Juan como lanzado por un resorte, cuando el hombre alzaba el brazo para continuar el maltrato, y agarrándole la muñeca con aquella

fuerza de su puño, que era una tenaza, le contuvo.

— ¡Hombre, por Dios! — le dijo —. ¡Que es una mujer, y una madre, por añadidura!

El chulapón se quedó inmóvil al sentir la presión de aquella mano. La superioridad de una fuerza física extraordinaria acobarda a los animales más fieros, desde el tigre hasta el hombre. En esas luchas, que alguna vez nos presentan en las plazas de toros, entre uno de éstos y un tigre, suele ser el felino el que con más furia acomete al otro; pero en cuanto el toro le arroja una vez por el aire, huye, se mete en un rincón y muere a cornadas, sin defenderse apenas. Más de una vez hemos visto un matón de los más guapos achicarse del todo porque otro hombre lo ha cogido en vilo y lo ha lanzado al aire.

El público acudió al lugar del suceso, hizo círculo en torno a Juan y el chulapón, y entonces la Candelas, dirigiéndose a Juan, le dijo:

— ¿Y a usted quién le mete en camisa de once varas? ¡Es mi hombre, y me pega porque quiere!



«RUGBY» EN LOS CUATRO CAMINOS

— ¡Eh, amigo, que se equivoca usted de pelota!...

Dib. GARRIDO. — Madrid.



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

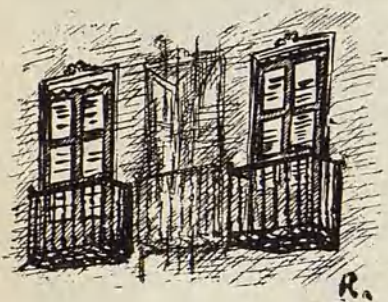
„LA SOLEDAD DE DOS EN COMPAÑÍA!!...“

LOS BALCONES SIMULADOS

Pocas ciudades que tengan más bellos balcones simulados que Madrid. Yo llevo a los extranjeros a que los admiren.

Son las tuerces, las mogonías, los ojos tapados más interesantes que se conocen.

En arquitectura están prohibidos los



balcones simulados; no obstante, como nosotros somos unos rebeldes, hemos faltado a la ley más firme de la arquitectura.

Es de una ingenuidad pintoresca, artificial, como un arte especial, esa de pintar un balcón con los huecos falsos.

Parece todo proceder de un señor arquitecto que al hacer la casa se olvidó de un balcón, y para tranquilizar al dueño indignado dijo: «Pintaremos el otro como si fuese de verdad.»

Los balcones simulados no engañan más que a los niños de pecho. Los balcones simulados son como el *ojo negro* que se ponen en el ojo algunos tuerces, los que quieren presumir más de mogonía.

Los balcones simulados alegran la vida. Permanece en ellos un día claro, un día de estreno de zarzuela, de esas zarzuelas que después quedan una eternidad en los carteles. Quizás eso se deba a que los grandes escenógrafos fueron al principio de su carrera admirables pintores de balcones simulados, y cuando hicieron el mejor fué cuando ya pasaron a la categoría superior de pintores de casas, jardines y montañas completamente falsos.

El balcón simulado se encara con nosotros con un gesto raro que ya nos sorprende, y que hace que nos preguntemos:

— ¿Qué hay ahí?

— ¡Ah, un balcón simulado! — es la exclamación de nuestra alma al responder a su sorpresa.

Se queda opaca y grisácea nuestra alma al ver el balcón simulado, porque nos abruma que esa falsa habitación no tenga luz dentro ni un rayito de sol. ¡Nunca!

Hay, sin embargo, balcones simulados que quieren ser muy alegres, que

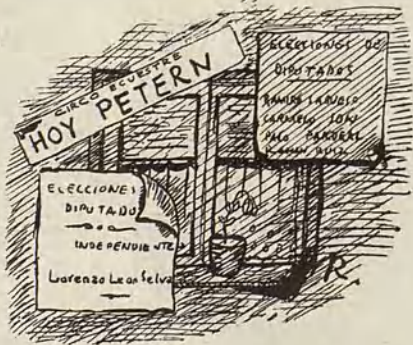
hasta tienen pintada una jaula con un amarillo canario dentro, un canario dormido; pero con la amarillez alegre de los canarios. Hay en esos balcones una alegría de zarzuela dramática, de *La alegría de la huerta*, por ejemplo, que es la pieza más tristemente risueña que se conoce.

Los balcones simulados que se sienten elegantes tienen visillos de encaje inglés que costaron al pincel tanta paciencia como cuestan a los bolillos sobre las largas almohadillas. ¡Nadie levantará nunca ese visillo! El becquerianismo de los que esperan que una mano descorra los finos encajes de ese balcón será inútil, y si un poeta estimulase a la mujer escondida tras esos visillos, tendría que desgastarse hasta pasada la eternidad o hasta que quizás la musa, compadecida, hiciese obrar ese hueco ciego de la casa tuerca de nacimiento.

Una vez fuimos siguiendo a una muchacha que se daba admirablemente; pero que después, apostados en su esquina esperando que se asomase, no pudimos conseguirlo. En la hora confidencial del día siguiente nos confesó que era que su habitación era la del balcón simulado, y el otro balcón era el de su papá, que no la hubiera consentido asomarse.

A lo que no se ha atrevido ningún pintor de balcones simulados es a pintar una figura humana en la rendija del balcón entreabierto. Sería una obsesión para los transeúntes, que acabarían por amotinarse contra la irresistible novia de todos.

Ha habido algún arquitecto — aquel



que fué el último de su clase durante toda la carrera — que tuvo que simular casi todos los balcones de la primera casa que construyó, arruinando al dueño, pues cuando se desalquilaba algún piso, no había manera de anunciárselo al transeúnte, que veía los balcones tan animados como siempre y con sus falsas macetas en los barandales.

Sólo ha habido en la historia de los

balcones simulados un balcón prestigioso que dió el pego a los transeúntes. Fué en aquella época en que Felipe II decretó un impuesto sobre los huecos de las fachadas, y los hidalgos tapiaron la mayor parte de sus balcones. Un gran pintor de la época recibió el encargo de pintar sobre el balcón tapiado un balcón que pareciese auténtico, y tan bien lo hizo, que se veía revolotear sobre la pintura la falsa mosca que el gran artis-



ta pintó entrando por la rendija del balcón entreabierto, dotándola de esa naturalidad de las moscas que pintaron genialmente sobre los cuadros algunos pintores.

En la disputa de si era o no un balcón simulado aquél, subieron los alguacillos por las escaleras de los bombos, dando con las narices en la tapia cerrada, y convenciéndose sólo entonces de que no podían hacer pagar impuesto por aquel hueco al genial burlador.

Los balcones simulados se burlan un poco de nosotros, pues tienen algo de esos cuadros de las comedias de magia, que en cualquier descuido del que los afronta le sacan la lengua.

Las porteras los cuentan como un balcón más, como cuentan ese cuchitril en que sólo se pueden meter los bastones como una habitación de las catorce que ofrecen al que pregunta.

Los balcones simulados se van des-pintando y descubren detrás de sus cristales, demasiado grisáceos, la armazón de sus ladrillos, la trampa manifiesta.

Debían tener, como los telones de teatro, un agujerito para mirar por él, algo que les diese cierta verdad intrínseca, aunque careciese de la verdad extrínseca.

Son la última mentira del pasado, y como son una monstruosidad y un convencionalismo de la época, he hecho este estudio, medio humorístico, medio serio, que no quisieron tocar siquiera los arquitectos, para que el erudito futuro que haga la obra en cuatro tomos sobre los falsos balcones, tenga el dato fehaciente que le propina un testigo de la época.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIADO

XLII

Que los viajes instruyen, es una cosa que está fuera de toda duda. Yo, de niño, era más bruto que un cerrojo, y en cuanto empecé a visitar Vicalvaro, El Pardo, Navalcarnero y Colmenar de Oreja, sentí que en mi cerebro se despertaba una predisposición a la sabiduría, que a quien primero sorprendió fué a mí mismo. Yo creía de buena fe que los melones se criaban en unos árboles muy altos, y una excursión científica a Villacanejos dispuso de mi inteligencia aquel funesto error. Yo tenía miedo del coco, y un viaje que hizo a La Habana un tío mío, me demostró que el coco no solamente no se comía a la gente, sino que se dejaba comer por ella con una resignación evangélica. Yo creía que, en Sevilla, el puente tenía seis ojos, porque lo había oído cantar en *El dúo de la africana*, y la primera vez que fuí a la feria sevillana vi con gran placer que el puente no tenía más que tres, con lo cual resultó que por seiscientos pesetas supe una cosa que el eximio autor de *El dúo*, D. Miguel Echegaray, ha ignorado toda la vida; a no ser que este ilustre dramaturgo y académico viese el puente después de haber sido obsequiado con unas copas, en cuyo caso es posible que con sus propios ojos viera cada ojo del puente dos veces, a imitación de un famoso bebedor amigo mío, que una noche, al volver a su casa, vió que tenía dos esposas y dos madres políticas, y se lió a golpes con ellas, duplicando la cantidad de tortas y puntapiés que las suministraba corrientemente cuando no veía más que una de cada...

Quedamos, pues, en que los viajes le agrandan a uno el talento, le exacerban la fantasía y le llenan de cultura que casi no le cabe. Yo, antes de conocer París, creía que todos los habitantes de este lindo villorrio eran unas personas elegantísimas, que se vestían de frac para votar en las elecciones, y que para sonarse las narices aprendían música en el Conservatorio, con objeto de que sonasen armoniosamente. ¡Y, desgraciadamente, no es así! En París hay una de cursis que pone espanto en el ánimo más denodado. No hablemos de los que llevan sortijas encima de los

guantes, que yo vi ayer uno en la *rue Drouot*, que la llevaba falsa, y hasta me pareció que los guantes eran falsos también.

No hablemos de los que van al mercado a comprar comestibles y bebestibles con sombrero de copa (que también ayer vi un gachó que además se metía en el susodicho sombrero los manjares adquiridos, y hasta acabó metiendo en él una botella de tinto, con lo que se dió el peregrino caso de que una botella de vino cupiese en una copa y de que, sin beberlo, se le subiera al hombre a la cabeza). Tampoco quiero hablar de los múltiples sujetos que compran un puro de veinticinco céntimos cada quince

días, le chamuscan la punta con una cerilla, le ponen una faja (no sé si para que no se constipe) y lo llevan en la boca las dos semanas enteras, para que sus amigos y los transeúntes crean que se están fumando viva toda la vega de Vuelta Abajo. Estos, al fin, son tipos inofensivos, que no hacen daño a nadie, al contrario de las comidas de los restaurantes que estoy visitando, que hacen daño a todo el mundo. Pero lo intolerable de la cursilería de algunos parisienses es que son capaces de poner en ridículo a Sófocles redivivo con tal de darse pisto y pasar por personas importantes.

El caso del cementerio del queridísimo *Père Lachaise*, que yo he presenciado y descubierto, lo demuestra de un modo brutal. En el susodicho y confortable camposanto, que yo frecuento mucho porque la entrada es gratuita y porque los que vamos a pasar allí la tarde estamos frescos, venía yo observando a un sujeto pésimamente vestido que todos los días permanecía arrodillado y llorando de un modo descomunal frente a la tumba de D.^a Sarah, la eminente trágica francesa, que en paz descansa, si es que le dejan descansar las perras que coge el sujeto aludido frente a su sepulcro. Al principio me chocó la persistencia del llanto, y me picó la curiosidad hasta tal punto, que me tuve que rascar. ¿Y saben ustedes por qué lloraba aquel individuo todos los días de tres a cinco? Pues por tener el gusto de que la gente le mirase y dijera: «¡Es un pariente de Sarah!... ¡Qué alma tan grandel!... ¡Cómo se conoce que por sus venas corre la sangre generosa que animaba el corazón de la gloriosa artista!...», etc., etc.

Comprenderán ustedes que un socio que lleva a cabo majadería semejante, por si acaso le creen el hijo menor de Sarah, cuando no es más que el hijo de la *conciérge* (en español: portera, para que conste), comprenderán ustedes, repito, que un hombre así, aunque sea paisano de Clemenceau, merece que le aticen una paliza regia para que aprenda a llorar con un motivo poderoso, razonable e incontrovertible.

¡Cosas de París!

Porque lo que es en Madrid, cualquiera se decide a ponerse a



LA PLAZA DE LA BASTILLA

Es una plaza muy vasta, aunque tengan la modestia de llamarla Bastilla los parisienses. En ella se alzaba la famosa fortaleza donde Luis XV y Luis XVI se hincharon de meter gente, y la cual redujo a polvo vil el pueblo hambriento de París un día que se levantó de mal humor. ¡Era lógico! ¡El pueblo no tomaba ni un mal café con media hacia más de un año, y, acuciado por la gaza, tomó la Bastilla cuando no pudo aguantar más! ¡Que le haga buen provecho!, decimos nosotros ahora, lamentando no haberlo oído decir entonces.

llorar delante de la tumba de don José Zorrilla, pongo por cadáver célebre.

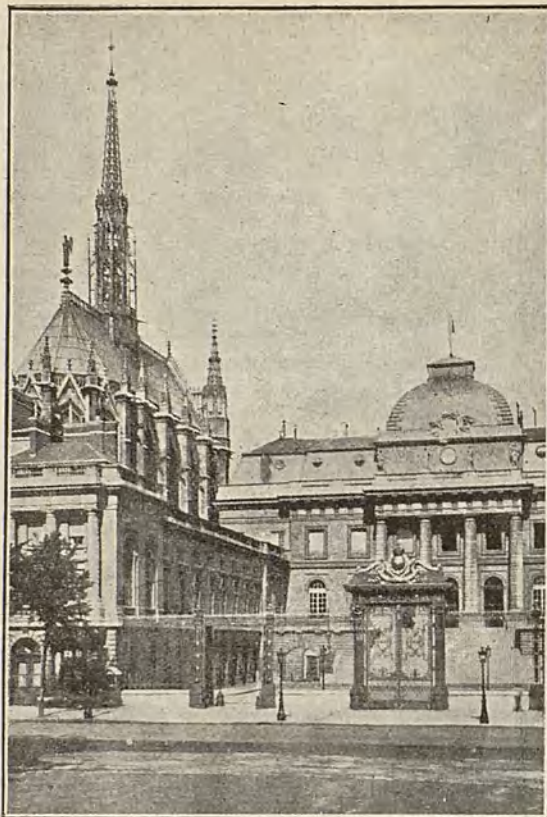
Salvo que aquí el que a uno le crean hijo de Zorrilla no es ningún motivo de satisfacción.

XLIII

Y a propósito de Zorrilla...

En el *Folies-Bergère* están poniendo estos días una fastuosa revista, de la cual hablaremos con más detenimiento cuando ustedes tengan gana de echar un párrafo sin prisas. Ahora de quien voy a hablar es del público que concurre a este teatro, que, dicho sea de paso, es el más caro de París, lo que quiere decir que es el más caro del mundo, y lo que quiere decir que no volveré a poner los pies en él como no me pague la butaca Romanones (que ustedes no lo saben, pero es bastante amigo mío y tiene gran confianza conmigo, razón por la que temo que no me la pagará).

El público del *Folies-Bergère* es principalmente masculino y femenino. Aunque parece que he dicho una estupidez, he dicho una verdad, porque quiero decir que no van a este espectáculo los sacerdotes, los niños de pecho y los ministros de la República, tres clases de personajes que ni son masculinos ni son femeninos en el sentido estético, asímptota y librepensador de la palabra. El elemento masculino es alegre, menos en el momento de comprar la butaca, que suele echar chispas al alfojar los treinta francos; y el elemento femenino es mucho más alegre todavía, quizás porque está percatado de su sacratísima misión de hacer voluptuosa y panorámica la vida al elemento masculino. En efecto: cuando más en-



EL PALACIO DE JUSTICIA

Lugar donde se reúnen los Tribunales de París para juzgar a los criminales a su modo y manera. En este severo recinto, el Jurado ha absuelto a muchas señoras guapas que habían hecho papilla a sus maridos, y ha condenado a muchas feas que se habían contentado con darles una paliza con un bastón gordo. Es lamentable que yo, que soy un poco agraciado, no cometa un crimen en París, porque estoy seguro de que me echarían a la calle. De todas maneras, veré si se me presenta una ocasión de perpetrar un delito decentito, porque es que lo estoy deseando.

tretenido se encuentra usted con el espectáculo, observa que una dama que tiene a su vera le pregunta si no se aburre de estar solo, si es usted viudo por casualidad y si tiene cambio de cincuenta francos. ¡Es conmovedor!

Yo, que me reí de ver llorar al socio del *Père Lachaise*, lloré de verdad al ver el interés que por mí manifestaba una de aquellas altruistas señoritas; pero me esperaba un desengaño funesto.

En el entreacto hablé con una acomodadora y le pedí informes de aquella dama generosa que había enternecido mi pétreo corazón castellano.

Y la acomodadora me dijo:

— ¡Es una mujer fácil, caballero!

Y yo insistí:

— ¿Qué entiende usted por mujer fácil?

Y la acomodadora contestó:

— ¡Que si usted está dispuesto a dila-
pidar mil francos en obsequio suyo, bien sea en una joya, bien sea en una cartilla del ahorro postal, ella le estará eternamente agradecida!



Dib. BELLÓN. — Madrid.

— Ante mí se han descubierto los más grandes personajes.

— ¡...!

— Sí; he sido peluquero.

BUEN HUMOR

Y yo entonces dije, cayéndome de mi butaca y de mi burro:

— ¡Rediez!... ¡Los franceses son ustedes de una fantasía que aterral! ¡Mil francos, y dice usted que es una señora fácil!... ¡Para mí es difícilísimo!... ¡Mejor dicho, imposible la hais dejadol!...

Y no dije más, porque en aquel momento comenzó el acto segundo, que, dado el género teatral que se cultiva en el *Folies-Bergère*, ya supondrán ustedes que es un acto deshonesto.

Pero no se asusten, que no les pienso contar el argumento.

Entre otras varias razones, porque no le tiene.

XLIV

Discusión mía con el camarero del hotel a las altas horas de la noche:

— *Garçon!* ¡El *water-closet* está demasiado próximo a mi cuarto y su continua actividad no me permite conciliar el sueño un momento!

— ¡El señor es gracioso como buen español; pero le diré en secreto, que es el ingeniero que está haciendo pruebas de resistencia!...

— ¿Entonces, mañana no pasará nada?

— ¡Tanto como nada...! ¡Pero desde luego no pasará lo que esta noche!... Y a propósito, señor, yo deseo ilustrarme. ¿Quiere decirme cómo se llama en español el *water-closet*?

— ¡El número 100!

— ¡*Trompette!*... ¡Pues también en París lo podíamos llamar lo mismo!

— ¡No, hijo mío!... ¡Tal y como hoy está el cambio, en París no le podéis llamar más que el 41,70!...

ERNESTO POLO

París. — Restaurant Capoulade. — Agosto.



SUICIDA

Dib. MONDRAGON.

— Voy a acabar con esta vida de hambre y de sufrimiento: ¡voy a hacerme una tortilla!

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

LOS HIMNOS

Entre la gente que plumea, hay una clase que se dedica, bien con encendido e ingenuo entusiasmo, bien con positivas miras de conveniencias y de ocasión, a confeccionar himnos que más tarde han de cantar las multitudes.

¡Y con el mal oído que tienen las multitudes!...

Lo hemos comprobado siempre, que, desde que Cadenas ideó proyectar la canción de *Mi hombre* en un telón, imitan este ejemplo todos los empresarios de Madrid, con ocasión de ese *¡Hay que ver!* que nos envuelve en la ola de su popularidad desde todos los sitios donde hay un instrumento musical, aunque sea una zambomba, o una criada que entone destempladamente.

Como la multitud no tiene ni buen oído ni buen gusto, los autores de himnos deben componerlos fáciles y ramplones.

En eso consiste el secreto del éxito.



En pocos días han caído en mis manos dos ejemplos de himnos de última hornada, himnos de nuestros días, destinados a infundir en las masas españolas un ardor jaimista y un entusiasmo deportivo.

El primero está dedicado *A los intrépidos requetés de Cataluña*. La autora es D.^a Dolores de G. Serantes; está firmado en diciembre del pasado año, y dice así:

«Aguerrida juventud
y de marcial continente,
brilla aureola en su frente
de heroísmo y de virtud.
»Es su afán
y se ve.
¡Requeté,
rataplán!

»Como el águila altanera
que se remonta hacia el sol,
el patriotismo español
y su gloriosa bandera
»subirán
con la fe.
¡Requeté,
rataplán!

»Su fortaleza es la Cruz;
a la victoria les guía
la Inmaculada María,
que es su Patrona y su luz.
»Y Satán
ya se fué.
¡Requeté,
rataplán!

»Es la justicia su ley,
y su escudo es el valor,
y su lema es el amor
de Dios, la Patria y el Rey.
»Y así van
por la fe.
¡Requeté,
rataplán!

»Por la defensa de España
y del legítimo R...
me fuese con vuestra grey
como una fiera a campaña.

»¡Y es mi afán!
¡Y lo haré,
Requeté!
¡Rataplán!

»Gritemos con emoción
pensando en lo venidero:
»Viva don Jaime tercerol,
y él salvará la nación.

»¡Y es titán
firme en piel!
¡Requeté,
rataplán!

Verdaderamente, no habíamos sospechado en D.^a Dolores tal ardor bélico, al lanzarse *por el legítimo R... como una fiera a campaña*. ¡Con qué fruición añade que es su afán y que lo ha de hacer! Ya la vemos armada de una escopeta, encendiendo guerras civiles por el salvador de la patria. No dudo que en D.^a Dolores se ve el espejo de la doncella de Orleans, encendida de entusiasmo guerrero y religioso. Ella nos anuncia que *Satán ya se fué. ¡Rataplán!* Ella nos muestra una nueva senda. Tal vez a estas horas esté montada en un caballo, hecha toda una D.^a Catalina de Erauso, al frente de una legión de intrépidos requetés. *¡Rataplán!*

Aun queda en nuestra raza ese ejemplo de mujeres gloriosas. Junto a María Pita, a Agustina Zaragoza y a Mariana Pineda, D.^a Dolores ha de ocupar un lugar en la gloriosa historia patria, si



Dib. BON. — Madrid.

— He inventado un nuevo cock-tail...

— ¡Hombre, dame la receta!...

— Muy sencillo: se hace igual que los otros, pero se doblan las cantidades...

se decide a cambiar la pluma por el máuser de dos cañones, que manejará mejor, probablemente.



El otro himno, no menos divertido, no menos erizado de ripios y de incongruencias, es el titulado *Himno del «Foot-ball»*, que firma el joven autor Sr. Fernández del Villar, escribiente en la oficina de importación de *grasia* sevillana que tienen establecida en Madrid los Sres. Alvarez Quintero.

La idea es peregrina por demás.

El maestro Guerrero es autor de la música, inédita aún para el público madrileño.

Venga de ahí:

«¡Viva el foot-ball! El juego inglés, que, aunque importado, se ha aclimatado y nuestro es.
¡Viva el foot-ball! Que es, además, vigor, destreza, fuerza, viveza y habilidad y agilidad.
¡Viva el foot-ball!
Andalucía y el Centro, y Cataluña y el Norte, la gallardía española han prestado a este deporte.
»En el campo de foot-ball, lucharán los jugadores, de la tarde, a pleno sol, como nuevos gladiadores.
(Se repiten los cuatro últimos.)

«¡Viva el foot ball! El juego inglés, que, aunque importado, se ha aclimatado y nuestro es.
¡Viva el foot-ball! Que es, además, vigor, destreza, fuerza, viveza y habilidad y agilidad.
¡Viva el foot-ball!
¡Viva el foot-ball español que entusiasmo y que enardece!
¡Viva el foot-ball español!
¡Viva el foot-ball! ¡Viva el foot-ball!»

¡Buenol! ¡Que viva el foot-ball! ¡Por nosotros!...

Claro es que, a pesar de todo, no iremos a ver ningún partido, si Dios quiere.

Consideremos a los terribles caminos que puede conducir esta diablura de dedicar un himno solemne a un juego que, por muy gallardo que sea, dista mucho de poder compararse a un canto ideal, como es el que el himno de los requetés defiende.

El himno, dedicado hasta ahora a cosas serias, pasará a glosar todas las cosas nimias. Nacerá el himno al tute subastado, a la lotería de cartones y a la brisca por señas... Después será el del mus y el del julepe. Necesariamente, acabaremos por conocer el himno al chito, a la rana y a las bolas del *gua*.

Todos los juegos tendrán su himno, y cuando todos lo tengan, se inventará el himno del *croupier*, el himno del tramposo y el del punto fuerte.

Parece que el himno es un género que ha venido a menos y que morirá pronto.

El ridículo lo ha herido mortalmente. Eso tenemos que agradecerle al ridículo.

José LÓPEZ RUBIO

LAS COSAS DE LOS TEATROS

LA TRAGEDIA DE LOS ZAPATOS DE CHAROL

Hay una época del año en la que los actores suelen vestir con sobria elegancia. Se les ve con severos trajes negros, americana ribeteada, camisa nítida y zapatos de charol. Dan una sensación como si fueran a una boda de medio lujo o como si regresasen del entierro de su empresario. Acaso esto segundo dé una idea más perfecta, puesto que a su elegancia solemne puede agregarse una actitud de desaliento y de pesimismo.

Es así: vienen de un entierro. Del de sus ilusiones y esperanzas. Su cara alargada, sus ojos fijos en el vacío, su frente con arrugas, producen una honda impresión de tristeza, de amargura infinita.

Y es la época del año a que nos referimos justamente la que ahora atravesamos: estos meses de julio y agosto, que suelen ser mortales para el pobre cómico.

Hasta finales de junio, las manos de los artistas lucieron sus anillos de oro, sus solitarios envidiables. En las corbatas destacaban una perla o unos diamantes bellamente combinados. De pronto, como si una moda imperativa y cruel se hubiese fijado por bandos en las esquinas, desaparecen las corbatas largas de nudo y surgen las de lazo, airoas, bien puestas, pero que obligan a prescindir del alfiler... De las manos se evaporan como por encanto las piedras preciosas...

Comienza el mes de julio. A los actores les entra un inexplicable vértigo.



Dib. REDONDO. — Madrid.

— ¿De modo que ya no perteneces a la compañía del Reina Victoria?... ¡Claro! Como que es una vida de esclava. Yo a los dos días estaba cargada de Cadenas...

Por la mañana lucen un traje; otro al mediodía; uno más al anochecer. Se visten y se desnudan con una febril actividad...

Y he aquí una observación interesantísima.

Traje que sacan en estos días a la calle, no se les vuelve a ver puesto.

Y llega la época de que nos ocupamos. Salen a relucir los zapatos de charol, los trajes negros y las camisas impolutas.

Ni por casualidad se ve una alhaja en poder de los cómicos.

Barinaga, un hombre grueso, representante de compañías, metido en los escenarios hace muchos años, gran conocedor de la vida de los cómicos, nos acompaña en estas reflexiones y nos deja hablar...

Cuando surgen las interrogaciones que ya, probablemente, estarían en la imaginación del lector, Barinaga nos lo explica:

— Lo que más cuida un cómico, y lo que pudiéramos llamar su uniforme, es el traje de frac. Este lo guarda el artista, lo retiene hasta sus últimos momentos. Es prenda imprescindible.

»Pero como el mes de agosto, según usted ha reflexionado muy bien, es el mes mortal de los cómicos, el mes de la *parada*, el de las angustias, etc., etc., y hasta esa fecha no llega la resistencia de los actores, viene lo inevitable.

»Hay que enajenar ropas y efectos para poder vivir. Una a una van desapareciendo las prendas de guardarropa: antes, las alhajas; después, los trajes; últimamente, las camisas, los zapatos...

»Y entonces surge el fenómeno que usted ha observado.

»Los autores van vestidos casi de etiqueta, y comienzan a lucir sus zapatos de charol, que conservaron hasta última hora, ¡esta última hora de la tragedia!...

Hasta aquí habla Barinaga, yo no sé si con un exceso de crueldad para los cómicos, sus amigos y compañeros.

Nosotros recogemos este aspecto pintoresco de los actores, no por molestarles, sino por divertir al público...

Para ilustrar al lector en la psicología del cómico, tan interesante como ninguna otra de cualquier clase social; por subrayar esta paradoja de que se presenten más sobriamente elegantes y distinguidos, y con aspecto de personas *bien*, cuando más apurada es su situación económica.

¡Y cuando se esfuerzan por representar mejor la comedia eterna de sus vidas!

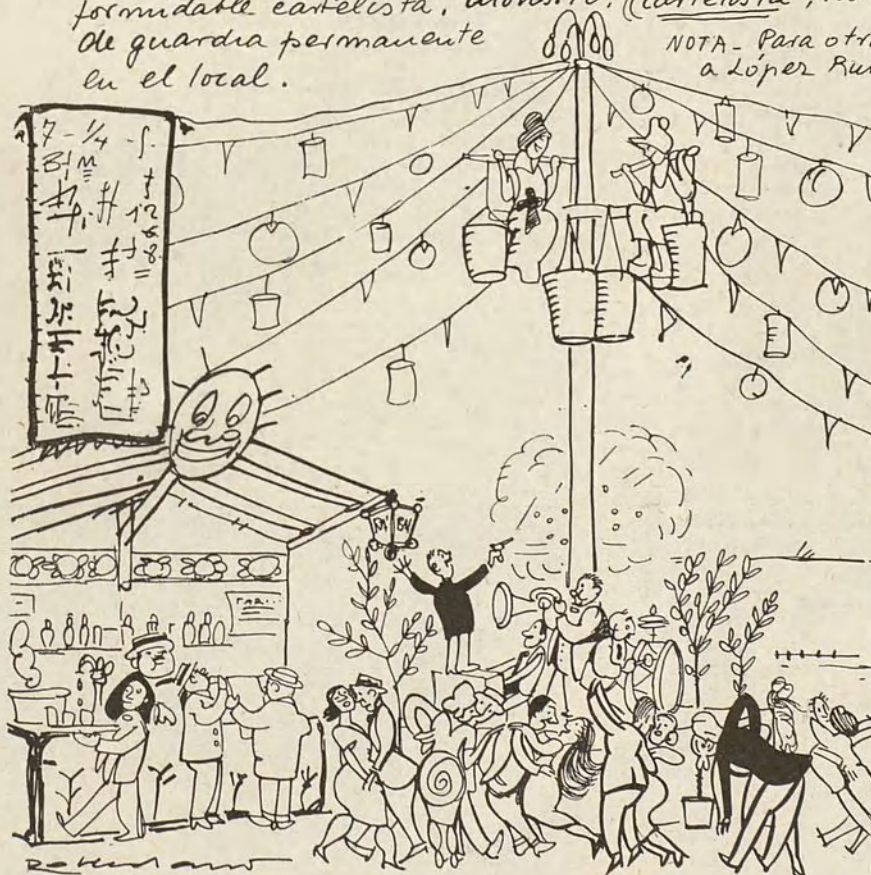
Y... a lo mejor, no me agradecerán los actores esta bella frase que acabo de extraerme de la cabeza solamente en su honor...

José L. MAYRAL



Yo tenía una ligera idea de Pekin y de mis frecuentes viajes por las regiones Asiáticas y oceánicas, conservo algunos apuntes y entre ellos este que doy en "Buen Humor". Pero viene Castillo, hombre obeso y eufraario y hace este Pekin. Puede que sea así y que yo no lo haya oído bien! En fin para mas de talles, dirigirse al formidable monista K.HITO, al no menos formidable cartelista, Alonsoito, ((cartelista, no carterista,)) que estan de guardia permanente en el local.

NOTA- Para otros detalles dirigirse a López Rubio. (Joré)



H... K.HITO

Si quereis tener buen fin
Deseis visitar Pekin
Es sitio alegre y ameno
Y para bailar muy bueno.
Hay un bar, confeccionado
Con el tabique de al lado.
Hay clásica limoná
Con su caldo y su taja
En el centro hay un jazz-band.
O una cosa parecida.
Que los vecinos de enfrente
Odianan toda su vida.
Hay concursos de belleza
De mantones de manila
Y acude cada señora
Que se encarece la ti'la!

A mi no me ha acudido nin
guna, pero he se por otros.
Claro está que yo tampoco
lo diria; primero por que
con mis pocos años no
tengo experiencia y segun
do, porque no me dejarian
soler solo por las noches.

RECREOS VERANIEGOS, por ROBLDANO.

CANCIÓN HIDROFÓBICA

¡EL DOLOR DEL YERNO!

(Visto el éxito realmente monstruoso que alcanzó nuestra modesta canción «¡Mi suegra!», publicada en el número anterior, insistimos hoy con otra romanza, también dedicada a una suegra que, a juzgar por lo que dice el yerno, todavía es peor que la otra. ¡Compadezcámosle, oigámosle y cantémosla con él!)

¡Pisa, morena,
pisa con garbo,
que un relicario,
que un relicario me voy a hacer
con el trocito de mi capote
que haya pisado tu lindo piel...

(Popular desahogo lírico, con
cuya música inmortal debe cantar
el dolorido yerno sus dramá-
ticas endechas.)

Al ver que voy de negro
varios amigos se han *figurao*
que estoy de luto porque en mi casa
un ser querido las ha *liao*...
¡No es nada de eso..., y es otra cosa
mucho más triste, mucho peor!
¡Es que mi suegra, que estaba mala,
que hoy se moría dijo el doctor...,
y solamente por fastidiarme,
sin saber cómo, se ha puesto mejor!...

Y yo, creyendo que ese estafermo
se iba al infierno,
me hice este terno
con rapidez...
¡Poco duraron mis alegrías!
¡Ahora esa tía
no se las lía!
¡Me caso en diez!...

El médico de casa
es hombre sabio y *acreditao*;
pero el enfermo que el hombre pilla
puede decirse que está *apañao*...
No hay automóvil ciego y sin freno,
ni hay una moto con *side-car*,

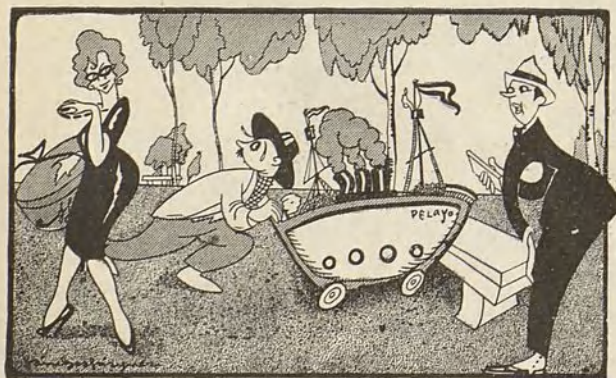
que haga el estrago que hace ese hombre
en el momento de recetar...
¡Y con mi suegra, precisamente,
es con quien se ha ido el tío a equivocar!...

No hay que fiarse de los doctores,
pues los mejores
hacen horrores
sin ton ni son...
¡Y el que a mi suegra ha revivido
es un bandido
que no ha cumplido
su obligación!...

Mi esposa por su madre
con desconsuelo lloraba ayer;
pero yo, en cambio, con gran contento,
con los amigos me fui al café.
Y como estaba la mar de alegre,
con la echadora me propasé,
y ella me echaba el café riendo
al ver las bromas que la gasté.
¡Yo no sabía que al otro día
iba yo a ser el que iba a echar café!...

¡Maldita sea la suerte mía!
Yo que creía
que hoy esa arpía
la había *hincao*!...
¡A esa beata
ya no la mata
ni una centella...,
ni Casanella...,
ni Nicolául!...

NÉSTOR O. LOPE



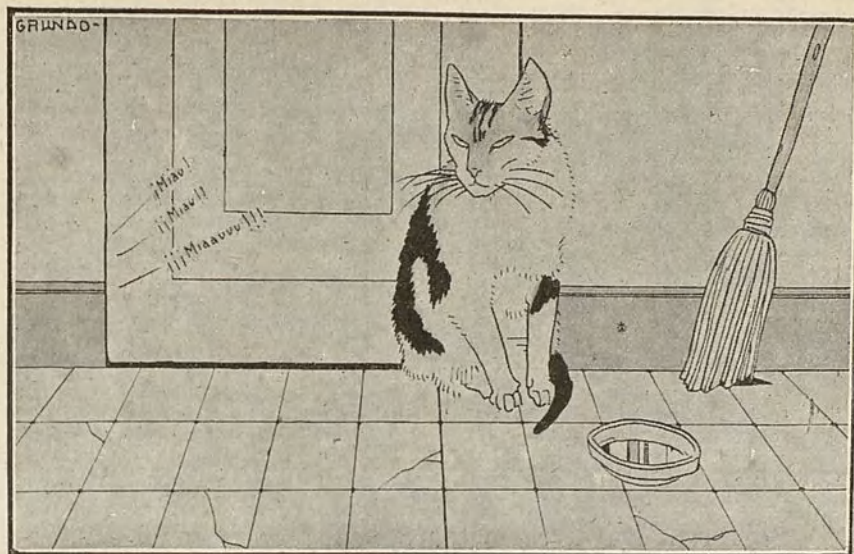
Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— ¡Eh, amigo! ¡Se conoce que no ha estudiado Geografía! ¿No sabe usted que los barcos no pueden marchar cuando hay un banco?



Dib. GODÍNEZ. — Carabanchel.

— ¡Qué bien está Luisa!
— ¡Es verdad! No pasan años por ella.
— No me extraña. Como su marido es fabricante de conservas...



Dib. GALINDO. — Madrid.

EL GATO (pensativo al oír los maullidos). — ¡Aquí hay gato encerrado!...

TITIRIMUNDILLO

— Mira, ese que se está bañando es Mindiundi, el diputado.

— ¿Qué hace tanto tiempo metido en el agua?

— Nada.

— ¿Nada?... Entonces, lo mismo que hacía en Madrid.

En Cuenca se celebrará un concurso de bandas, con tres importantes premios en metálico.

De modo que las pesetas tienen que ser ganadas por tres bandas.

Como las buenas carambolas.

Hay un ciudadano que desde 1909 está dando la vuelta al mundo.

Los periódicos no dicen si, efectivamente, ha conseguido volverle.

«Un cilindro que produce gran alarma.»

Es que los hay terribles.

Los que están metidos en los pianos de manubrio, por ejemplo.

— Pues yo, la verdad, no envidio a los que comen en restaurantes de moda. Ahora, la última novedad son los souper-froid.

— Y eso, ¿qué es?

— Pues la comida fría, que es como me la tiene mi mujer por charlar con las vecinas.

— ¿Ha visto usted este telegrama de Sevilla? Una chispa eléctrica ha matado a dos hermanos. Como mi pobre-cito marido, que también murió de una chispa.

— ¿Eléctrica?

— ¡De morapiol!

En Galicia, y entre mozos de distintas parroquias, hubo garrotazos, resultando heridos.

¡Caramba con las parroquias! ¿De qué son parroquianos éstos?

Indudablemente, de Casas de Socorro.

«El novillero Paradas hizo la faena en el centro de la plaza.»

— ¿Paradas en el centro? — me han dicho algunos cocheros de punto —. ¡Menuda ganga! Así tendrá clientes seguros.

Todos los periódicos han hablado del príncipe mudo por amor.

Es un caso verdaderamente excepcional. Porque, por amor, lo que se hace es soltar la lengua.

A LAS MUJERES REZAGADAS

Por mandato (trivial o profundo) de las circunstancias, los modistos que rigen el mundo de las elegancias, no hace mucho acordaron que todas las lindas mujeres (y las feas, pues llegan las modas a todos los seres), en lugar de las faldas cortitas que tanto han llevado las que saben que son señoritas y las del fregado, gasten faldas muy largas, que alejen del que es picarillo las miradas furtivas, y dejen ver sólo el tobillo...

¿Que esto a cuatro mamás les conviene?

Pues yo digo airado que maldita la gracia que tiene lo que han acordado.

¡Más de cuatro, si llueve (o con ruidos o bien de otro modo),

rabiarán al notar sus vestidos manchados de lodo!

Hoy, lector, que han subido los vinos y los alquileres,

los zapatos, la sal, los pepinos y los alfileres,

¿por qué bajan las faldas? ¡No sabe

qué es lo que se pesca

quien quebranta una moda tan suave, tan linda y tan fresca!

«Ahora bien...» (frasecilla elocuente de todo discurso):

hay algunas que de esa corriente no siguen el curso

y prosiguen las faldas llevando

sin vuelo y cortitas,

y al que viene detrás, enseñando sus piernas bonitas.

Sí, bonitas, pues las que primero

que, dándose pisto,

se las bajan (según lo que infiero

de casos que he visto),

son aquellas, lector, que las lucen

igual que fideos,

que ni al hombre más loco producen

carnales deseos,

o las de horma torcida, aunque presas

en red sugestiva,

o esas otras que, en fin, son más gruesas abajo que arriba.

A las hembras no ansiosas de brillo

que se han rezagado

les dedico este canto sencillo,

sincero y honrado.

¡Que al subir al tranvía no acaben

las exhibiciones

de esas cosas que a gloria les saben

a tantos mirones!

¡No ocultéis vuestras medias caladas!...

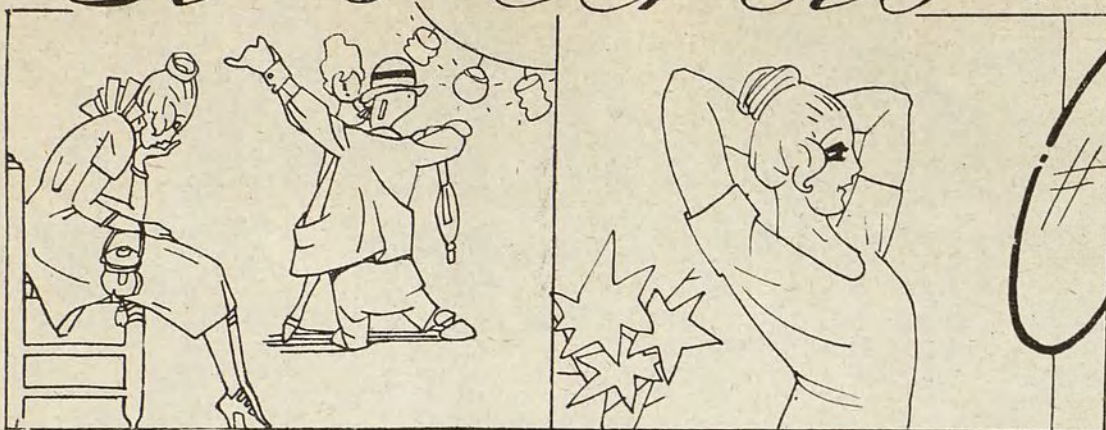
En serio os lo encargo...

¡Y en la moda seguid rezagadas...

un rato muy largo!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

El secreto



*Elena es una morena
que se aburre en la verbena;
y, aunque el caso no se explica,
nadie baila con Elena...,
y así se aburre la chica.*

*Después ella se inspecciona,
y no sale de su asombro...
¡Con decir que es su persona
tan castiza y tan chulona
que lleva por peine un combro....*



*La cosa fué porque un día
su vecino Juan García,
que es un chico muy formal,
le dijo que le traía
un frasco de SUDORAL*

*Ahora vuelve a la verbena,
y aunque de sudor se llena,
huele a rosas su sudor...
¡Y da más vueltas Elena
que cualquier ventilador!*

PRECIO: 2,50 PESETAS

Fabricado por FLORALIA, creadora de los admirables productos «Flores del Campo»: jabón, colonia, crema, etc.



MEMORIAS DE UNA PULGA

NOVELA, POR J. SAN GERMÁN OCAÑA. — ILUSTRACIONES DE BON

(CONTINUACIÓN)

¿Caminábamos por el entarimado, bruido con cera; ella algo delante para explorar el trayecto. Yo procuraba no perderla de vista; pero a menudo la emoción, que me impedía respirar con el ritmo normal, me obligaba a detenerme. Estuve a punto de llorar de miedo. Para alcanzar luego a mi madre, tenía que dar grandes saltos nerviosos, con un impulso superior al corriente, porque mis uñas pequeñas y delicadas no encontraban firme punto de apoyo en aquel pavimento resbaladizo, que parecía untado de jabón.

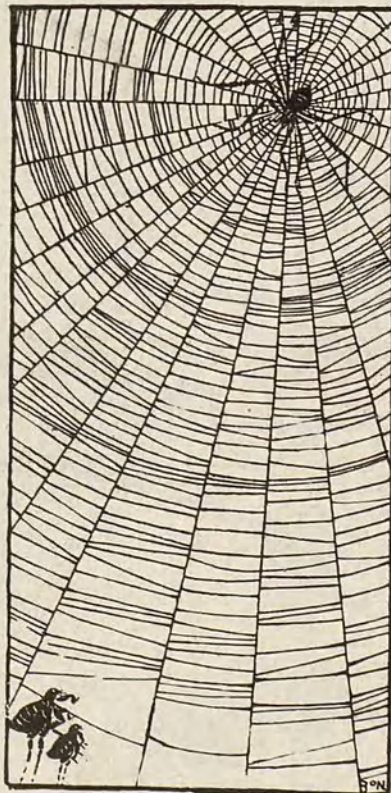
Hacia el promedio del pasillo, mi madre se detuvo y me hizo señas rápidas para que me aproximara. Juntas nos escondimos bajo el borde de la alfombra. Me impuso silencio con una mímica expresiva y señaló a la pared. Un montón de hilillos vivos y articulados, que semejaban salir de una verruga, descendía del techo por una fina cuerda de seda. Era una araña peluda y hosca, de mirada sombría.

Mi madre, que observó en mí un escalofrío, me expuso en voz baja:

— Esa es una bestia sanguinaria e insociable. Todas las noches me la encuentro a estas horas. Va a robar a la alacena. Cuida mucho de que no te vea alguna vez, porque ese monstruo suele cazar a lazo con unas cuerdas que se saca de la barriga. Es el vampiro de los insectos.

La bestia inmundada pasó cerca de nosotros murmurando unas palabras de no sé qué extraño idioma. Su sombra deformada la seguía, reflejada en el espejo de cera, como si fuese otro monstruo que marchara detrás. ¡Buen susto pasé hasta que la vi alejarse con rumbo a la alacena! Parece increíble que la Naturaleza se haya preocupado de producir y sostener animales de tan repugnante catadura psíquica, que ni siquiera respetan la vida de los seres superiores, cuando tan fácil y tan lógico es acometer al enemigo común, la persona, que está zoológicamente muchos grados bajo nosotros! Misterio es éste que ha enloquecido a innumerables investigadores.

Apenas reanudamos la marcha, sentí perfectamente por encima de mi cabeza como el áspero ruido de un motor aéreo. Era un cinife que volaba haciendo graciosas evoluciones. Rizaba el rizo con una agilidad sorprendente. Tan nerviosa iba yo en aquel instante, que lo confundí con un aeroplano, y me quedé extática, con la boca abierta, siguiendo el vuelo del audaz mosquito; y así hu-



biera permanecido minutos enteros, si mi madre, impaciente y malhumorada, no me llama la atención con estas despectivas palabras:

— No seas simple, Tolita. Te quedas embobada como una pulga de pueblo.

No estás ya en edad de mirar con tanto descaro a ningún varón. A lo mejor se cree que te ha gustado. Los cinifes son seres muy presuntuosos, y no conviene darles alas.

Penetramos, por fin, en la habitación de la marquesa. Era un cuarto escondido entre tapices y cortinones. En el ambiente flotaban exhalaciones tenues y enervadoras de jardín. Había fragancias exquisitas que aspiraba con deleite, y provocaban en mí un deseo voluptuoso e irresistible de lanzarme sola a las más desatentadas aventuras. Además, he de advertir que tenía hambre, porque mi madre, para vencer mis primeras resistencias y mis escrúpulos temerosos, me sometió aquel día a una prolongada dieta. Así, pues, poseída de un entusiasmo ardiente por picar y satisfacer mi apetito, y asociando este pensamiento a escenas que tuve ocasiones de presenciar en el cuarto de baño, propuse de repente:

— Mamá, tú le picas a la marquesa, ¿eh?

— Es claro — me dijo —. Y tú también...

— No, no — repliqué —. Yo saltaré sobre el cochero.

Mi madre me miró asombrada, y se tapó la boca con una pata para ocultar una sonrisa. Luego aclaró con visible disimulo:

— Habrás querido decir el marqués. Confundes la cama con el coche, hija mía. Tú no tienes que hacer más que callar y seguirme.

Obedecí un poco azorada, segura de no haberme confundido.

Saltamos a la cama trepando por la colcha. Era aquél un lecho magnífico, bajo, ancho, de palosanto, estilo Imperio. ¡Qué emoción vino a erizarme la cabellera de la columna vertebral cuando, al través de las ropas, noté la transpiración tibia de la carne de nuestra víctima! ¡Porque aquella era mi primera víctima, es decir, mi bautismo de sangre en la lucha por la existencia! Iba a recibir el espaldarazo como los caballeros andantes y saltantes. Un leve ronquido

nos anunció que la marquesa dormía profundamente. No obstante, fuimos de puntillas, conteniendo la respiración, para no despertarla. Mi madre, siempre unos pasos delante de mí, verificaba eso que los estrategas suelen denominar reconocimiento de la vanguardia. Cauta, ojo avizor, sin dar saltos imprudentes, me enseñaba a caminar sobre el cuerpo humano atenta a todos los movimientos y ruidos, y me instruía acerca del nombre y funciones de cada región que pisábamos. Al atravesar por un paraje que formaba una protuberancia suave, como una colina en medio de una gándara, percibí bajo mis uñas algo parecido a una trepidación y un sordo rumor de corriente subterránea. Me asustó aquel pavoroso ruido de torrencera.

— Es el corazón de la marquesa — dijo mi madre para que me tranquilizara.

— Debe de ser muy grande, ¿verdad? — inquirí sorprendida.

— Tan grande — contestó —, que ahí se han caído muchos hombres y aun queda sitio para otros tantos.

Estremecida, exclamé:

— ¡Qué horror! ¿Y el marqués no se ha caído nunca?

— Mi madre puso un gesto malicioso y terminó:

— Nunca, hija mía.

Cuando llegamos a la altura de la cabeza, mi madre se paró en seco y me obligó a imitarla. Quería demostrarme en la práctica cómo se desenvuelve el instinto de la orientación. Erguida sobre las dos patas traseras, puso las antenas en posición horizontal, olfateó el aire, escudriñó los alrededores, y en seguida me comunicó:

— No hay peligro. Ya encontré el sendero. ¡Ven!

El sendero era el jaretón del embozo de la sábana, que, formando como un desfiladero sinuoso, iba a parar a la almohada. Era lo bastante profundo para no ser vistas. Por él corrimos como dos astutos guerrilleros que se lanzan al asalto de una trinchera. Desde la cum-

bre de la almohada se ofrecía a nuestros ojos todo el vasto panorama del lecho, con los altos y bajos que dibujaba el cuerpo de la mujer, cuyo contorno tenía el aspecto de una cordillera. Volvimos a otear el horizonte. Todo estaba tranquilo. Sólo interrumpía el silencio un ronquido regular y rítmico producido en la garganta de nuestra víctima.

— *Alea jacta est!* — exclamó mi madre de pronto.

Y se lanzó sobre el cuello desnudo y destapado de la marquesa. Yo no entendí aquellas absurdas palabras; pero deduje que me invitaba a seguirla, y de un salto me hallé con ella de patitas encima de la carne suave y cálida, que nos elevaba y nos hacía descender mansamente a impulsos de la respiración. Un poco más arriba ponía su mancha de selva virgen la rubia cabellera de la dormida. Declaro sin ambages que al principio me mareaba un poco aquel movimiento de ascenso y descenso. Acostumbrada a pisar siempre sobre tierra firme, me parecía que iba a precipitarme en tenebrosos abismos o a ser lanzada al espacio. Mi madre se reía de mi azoramiento. Tras de algunas exploraciones, me señaló un sitio de donde debería extraer mi alimento.

— Esta es la vena yugular — me instruyó —. Aquí es donde la sangre es más rica y más abundante. El picotazo debe ser rápido y vertical, y la succión acompasada. Procura no barrenar la piel, porque eso produce una roséola que delata nuestra presencia y nos pone otro día en evidente peligro. Y, sobre todo, al menor movimiento, salta y huye en dirección al suelo. La gula, la pasividad y la imprudencia han poblado de pulgas los cementerios. Un poeta de nuestra raza ha cantado con estas divinas estrofas la terrible mortandad que sufrimos:

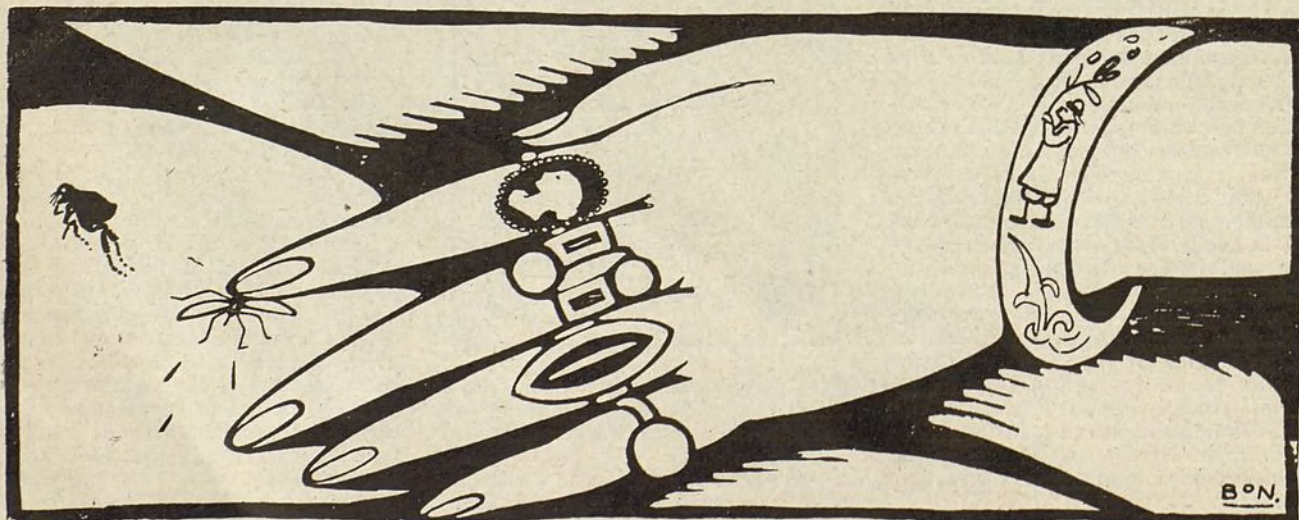
«¡Guerra! — grita el hombre —. ¡Guerra!
Y el mundo con el comulga...
¡No hay un pedazo de tierra
sin una tumba de pulga!»

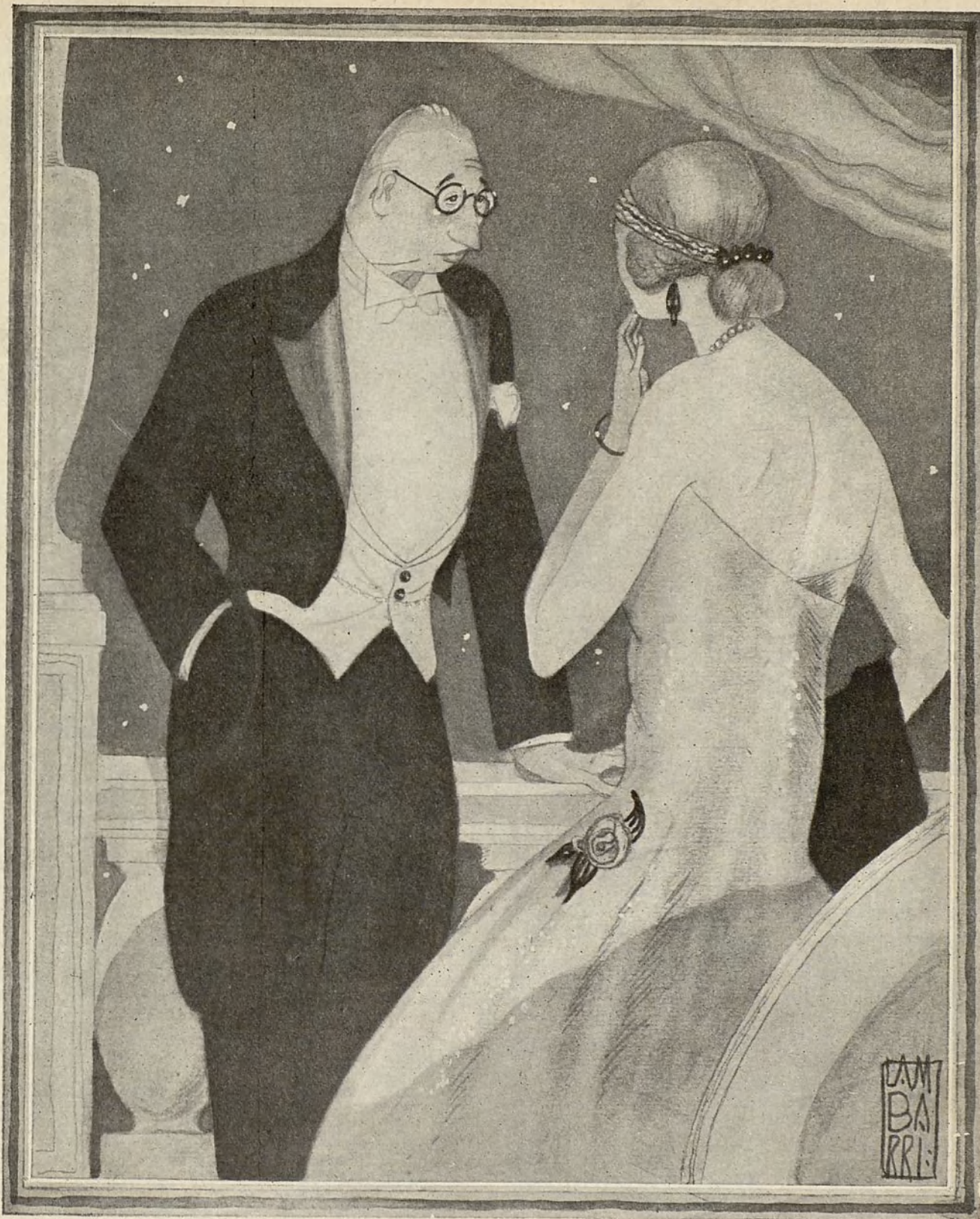
Apenas tuve tiempo y atención para conmoverme con esta lírica soflama patriótica, porque yo, estimulada por el apetito, me había acomodado ya en el centro de la vena, que me invitaba al hartazgo. Reconocí a la legua que pertenecía a una aristócrata, porque modelaba en relieve su fondo azul sobre la carne blanca. Afiancé mis dos patas de delante, recogí las otras cuatro, a fin de estar preparada para un estupendo salto, y con los dos filamentos aserrados de la boca perforé la epidermis y la vena. Chupé con delicia, con ansia... ¡Oh qué imponderable beneficio le debemos a la Naturaleza por habernos dotado de paladar!... ¡Qué líquido más dulce resultaba la sangre extraída directamente!... ¡Cómo sentía yo recorrerme el cuerpo aquel néctar sabroso que me iría pintando de azul la boca, la garganta, el estómago!... Perdí el miedo y recobré la tranquilidad. A pesar de esto, no olvidaba los saludables consejos maternos y estaba de continuo dispuesta a la huida en cuanto advirtiera el más insignificante estremecimiento.

De improviso creí percibir un ruido lejano que no era para mí nuevo. Presté atención. Bien pronto se acercó lo suficiente para distinguirlo: parecía el motor en marcha de un aeroplano. Era, en efecto, el cinife que yo había visto antes. ¿Es que me seguía, o se trataba de una coincidencia? Apareció a bastante altura, y al llegar sobre donde yo estaba empezó a descender en vuelo planeado, haciendo piruetas con las alas, *capotando* mucho, para recogerse en seguida en un viraje audaz y peligroso. Sin duda, pretendió maravillarme con sus hábiles maniobras, y no ocultaré que en parte lo consiguió, porque secretamente admiraba su destreza.

Vino a posarse junto a mí, y me dió las buenas noches con una finura en que se acusaba visiblemente su acento extranjero. No era mal tipo; pero tenía cara de bala perdida.

(Se continuará.)





VENGANZA FIERA

Dib. LÁMBARRI. — Zaragoza.

ABRAHÁN (negociante judío). — *Estoy seguro de que mi mujer me engaña: ayer encontré en mi mesa de noche la pitillera de platino de Salomón.*

ELLA. — *Pero usted se vengará, ¿verdad?*

EL. — *¡Oh!... ¡Ya me he vengado! Esta mañana he vendido la pitillera.*



Dib. CASTEIG. — Alicante.

- ¿Desde cuándo se dedica usted a la aviación?
— Desde que empecé a contraer deudas.



Dib. SERNY. — Madrid.

- Sí, chica; una se arregla para que nos miren los hombres.
— ¿Los hombres o los hombres?

SUCEDIDO MEDIEVAL QUE ACABA BASTANTE MAL

Ocupa toda la escena un gran castillo feudal donde vive Filomena de Atienza, cierta morena que es una chica brutal.

Un ancho foso rodea al formidable castillo, foso que salva un rastrillo al que mueve una polea. Hay en un muro desnudo, grabado en piedra, el escudo del marquesado de Atienza, con este lema: «Yo dudo de que exista quien me venza.»

De noche. El campo está mudo.

La acción del drama, en Provenza.

Pausa.

Por un lateral, corriendo a todo vapor, aparece un trovador, bello, distinguido... y tal.

El trovador, que se llama Ramón Berenguer de Ciolvo, ansiando ver a su dama, de correr viene hecho polvo. Limpia el sudor de su frente, y con acento temblón, dice jadeante mente la siguiente relación:

EL TROVADOR. ¡Ya llegué! ¡Vive Dios, qué caminata!
Esto de ser trovero es una lata;
pero la caza de la vil peseta
nos hace hacer locuras
y soportar innúmeras torturas
a aquellos que poblamos el planeta.
Hasta un hombre que sufra de presbicia
mira mi caso y lo ve claro todo:
que teniendo una renta vitalicia
no hacía yo el canelo de este modo.
Pero en este castillo,
tras de la puerta férrea del rastrillo
y en lujoso aposento,
habita Filomena, un monumento
femenino que quita la cabeza,
pues tiene una magnífica belleza
que la misma Friné le envidiaría,
y tiene un capital en pedrería
de incalculabilísima riqueza.
Y yo, que en trabajar soy algo tardo,
herencia de mi madre, que era sorda,
soy de toda Provenza el mejor bardo;
mas no tengo en dinero ni una gorda.
¿Qué hacer? ¿Trabajar? No, que me fatigo.
Tomar a Filomena en casamiento
y con eso la obligo
a que afloje la pasta en el momento.
Voy a entonarle, pues, mi dulce trova,
que es una hermosa forma de dar coba.

Pulsa la guzla el trovador, se enjuaga un poco con cerveza,
luego emite en *sol mayor* su linda canción, que empieza:

Filomena,
dulce y buena,
oye, ¡oh celestial morena!,
la muy amorosa pena
de un bardo a quien enajena
tu faz de dulzura llena,
tus encantos de sirena,
pues ya se ve, Filomena,
que te criaste en Archena
y que tomaste Maizena,
Filomena,
Filomena...

Hay una pausa que no es turbada; pero en el aire la canción queda. No pasa nadie; no se oye nada; mas de improviso y en la arboleda suena la rítmica algarabía de cierta

herrada caballería. Es Lupo Ibáñez, que con gran ruido, que es producido por sus espuelas, sale ligero, con gesto fiero, de entre unas matas de habichuelas.

LUPO. ¿Quién cantando eleva el grito?
EL TROVADOR. Servidorito.
LUPO. Y ¿a quién diriges tu estilo?
EL TROVADOR. A la Filo.
LUPO. ¿Eres nacido en Provenza?
EL TROVADOR. No sé si en Provenza ha sido donde mi primer vagido lancé; pero aunque Sigüenza fuese mi patria, guerrero, yo te gano a ser trovero, y a chulo, y a sinvergüenza.
LUPO. ¡Eso te lo crees tú!
Algo, sí, lo disimulo; pero yo, ¡por Belcebú!, soy el guerrero más chulo que en la Provenza nació.
EL TROVADOR. Aquí el más chulo soy yo, que escribo en papel Bambú..
LUPO. ¿Y quieres a Filomena?
EL TROVADOR. Sí; porque me da la gana. La quiero por lo gitana, por lo castiza y lo llena, y si ella acepta, mañana la llevaré a la verbená.
LUPO. ¡Cumple, infame, lo que has dicho, y te partiré el frontal!
EL TROVADOR. Don Lupo, eres un mal bicho, y voy a darte a capricho en plena región nasal... ¡Pide a la Sacramental un mausoleo o un nicho!...

Contra don Lupo se lanza, muy altiva la cerviz, y con un cate le alcanza en mitad de la nariz.

Don Lupo, que ya no ve, al sentirse así humillado, le da al otro un puntapié; pero el hombre pierde pie y queda en tierra sentado. Cae sobre él el trovador; ambos agitan los brazos, y se dan al por mayor zurridos, golpes, trastazos, moquetes y cintarazos.

Llueven golpes a granel, y entretanto, en una almena aparecen Filomena..., Filomena y un doncel, que — el por qué nunca se supo — diciéndose mil ternezas, asoman las dos cabezas y ven a Ramón y a Lupo.

UN DONCEL. ¿Son éstos tus pretendientes?
FILOMENA. Sí.
UN DONCEL. Pues se pegan en tierra unos golpes contundentes que no los da Sánchez Guerra.
FILOMENA. ¡Qué dos tipos tan molestos!
UN DONCEL. ¿Te molestan? Pues verás cómo no te chinchán más...
FILOMENA. ¿Qué vas a hacer?
UN DONCEL. Trae dos tiestos.

Rien los dos, inhumanos; se marcha y vuelve a la almena, y al volver trae Filomena entre sus niveas manos dos maceas colosales que pesan varios quintales.

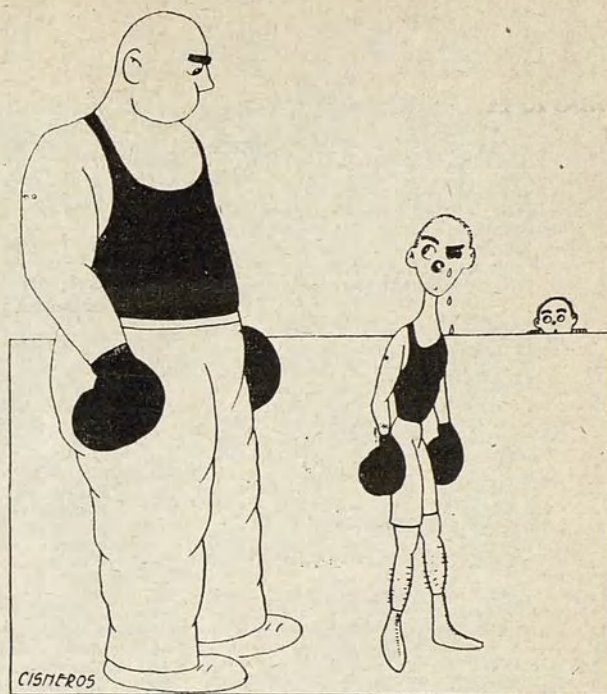
El doncel con gran vigor las tira, y es instantáneo: a Lupo y al trovador les pega en mitad del cráneo.

Caen los dos cuerpos sin vida, del foso junto al rastrillo, y la pareja homicida vuelve a entrar en el castillo.

Deja escapar su canción, plena de armonía, un grillo, y sobre el canto sencillo baja pausado el

TELÓN

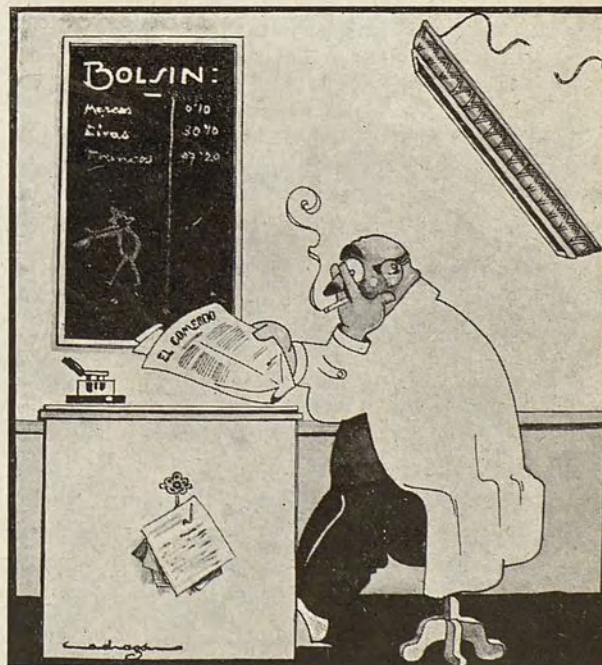
ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. CISNEROS. — Madrid.

— ¿Se convence usted de que el boxeo desarrolla la vista?

— ¡Ya lo creo! ¡A mi se me está desarrollando este ojo de un modo atrozi!



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

DEL MUNDO DE LOS NEGOCIOS

— Como siga bajando el marco, sufro un descalabro...

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL AMOR AL PRÓJIMO, por Leónidas Andreiev

Un lugar salvaje entre las montañas. En un pequeño saliente de una alta roca, casi vertical, hay un hombre de pie, en una situación, al parecer, desesperada. No se comprende cómo ha podido llegar hasta allí: el acceso al pequeño saliente parece imposible. Las escalas, las cuerdas y demás útiles de salvamento a que se ha recurrido han sido inútiles.

El desgraciado lleva, a lo que se ve, mucho tiempo en tan crítica situación. Abajo, al pie de la roca, se ha reunido ya una abigarrada multitud; pregonan su mercancía algunos vendedores de refrescos, de tarjetas postales y de baratijas, y hasta se ha establecido un *buffet*, cuyo único mozo se ve y se desea para atender a la numerosa clientela; un individuo trata de vender un peine que asegura, faltando descaradamente a la verdad, que es de tortuga.

Afluyen sin cesar nuevos turistas, ingleses, alemanes, rusos, franceses, italianos, etc.

Casi todos llevan *alpenstocks*, gemelos, máquinas fotográficas. Se oye hablar en todas las lenguas.

Junto a la roca, en el sitio donde debe caer el desconocido, dos guardias ahuyentan a la chiquillería y cierran el paso, con un bramante, a la multitud.

Gran animación.

EL PRIMER GUARDIA. — ¡Largo, monicaco! Si te cayera encima, ¿qué dirían tus papás?

EL CHIQUILLO. — ¿Es que caerá aquí?

EL PRIMER GUARDIA. — Sí.

EL CHIQUILLO. — ¿Y si cae más afuera?

EL SEGUNDO GUARDIA. — Tiene razón el chico; podía dar un salto, en su desesperación, y caer al otro lado de la cuerda. Sería muy molesto para el público. Quizás pese más de ochenta kilos.

EL PRIMER GUARDIA. — ¡Largo, pequeña!... ¡Atrás!... ¿Es su hija de usted, señora? Le ruego que no la deje acercarse. Ese joven caerá de un momento a otro.

LA SEÑORA. — ¿De veras? ¡Y mi marido no va a verle!

LA CHIQUILLA. — Está en el *buffet*, mamá.

LA SEÑORA (desesperada). — ¡Siempre en el *buf-*

fet! ¡Ve a llamarle, Nelli! Dile que ese joven va a caer en seguida. ¡Corre, corre!

VOCES. — ¡Kelner!... ¡Mozol!... ¿Cómo que no hay cerveza?... ¡Vaya un *buffet*!... ¡Mozol!... ¿Me sirven o no?... ¡Jesús, qué calma!...

EL PRIMER GUARDIA. — ¿Otra vez, monicaco?

EL CHIQUILLO. — Quería quitar de aquí esta piedra.

EL PRIMER GUARDIA. — ¿Para qué?

EL CHIQUILLO. — Para que el pobrecito se haga menos daño al caer.

EL SEGUNDO GUARDIA. — Tiene razón el chico; debíamos quitar las piedras, y si hubiera arena o aserrín...

(Dos turistas ingleses se acercan. Miran con los gemelos al desconocido y cambian impresiones.)

EL PRIMER INGLÉS. — Es joven.

EL SEGUNDO INGLÉS. — ¿Qué edad le echa usted?

EL PRIMER INGLÉS. — Veintiocho años.

EL SEGUNDO INGLÉS. — No tendrá más que veintiséis. El miedo lo avejenta.

EL PRIMER INGLÉS. — ¿Qué se apuesta usted a que tiene veintiocho años?

EL SEGUNDO INGLÉS. — Lo que usted quiera. Diez contra cien. Apúntelo.

EL PRIMER INGLÉS (dirigiéndose al primer guardia, luego de anotar en su «carnet» la apuesta). — ¿Cómo diablos ha subido ahí? ¿No hay modo de bajarlo?

EL PRIMER GUARDIA. — Se le han tirado cuerdas y escalas; pero no han llegado.

EL SEGUNDO INGLÉS. — ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

EL PRIMER GUARDIA. — Cuarenta y ocho horas.

EL PRIMER INGLÉS. — ¿De veras? Entonces caerá esta noche.

EL SEGUNDO INGLÉS. — Caerá dentro de dos horas. Me apuesto cien contra cien.

EL PRIMER INGLÉS. — Aceptado. (Anota la apuesta en su «carnet».) ¿Cómo se encuentra usted? (Dirigiéndose al desconocido.)

EL DESCONOCIDO (con voz apenas perceptible). Muy mal.

LA SEÑORA. — ¡Y mi marido sin llegar!...

LA CHIQUILLA (que llega corriendo). — Papá dice que tiene tiempo de acabar.

LA SEÑORA. — ¿De acabar qué?

LA CHIQUILLA. — Una partida de ajedrez que está jugando con un caballero.

LA SEÑORA. — ¡Dile que si tarda le quitarán el sitio!...

(Una señora alta y delgada, de aire resuelto y belicoso, le disputa el sitio a un turista. El turista es un hombre exiguo y apocado y se defiende débilmente. La señora, en cambio, le ataca con verdadera furia.)

EL TURISTA. — Pero, señora, éste es mi sitio. Hace dos horas que lo ocupo.

LA SEÑORA BELICOSA. — ¿Y qué me cuenta usted? Yo quiero colocarme porque desde ahí veré mejor. ¡Y no hay más que hablar!

EL TURISTA (con timidez). — Yo también quiero estar ahí para ver mejor...

LA SEÑORA BELICOSA (con desdén). — ¿Usted qué entiende de eso?

EL TURISTA. — ¿De qué? ¿De caídas?

LA SEÑORA BELICOSA (burlona). — Sí, señor, de caídas. ¿Ha visto usted muchas? Yo he visto caer a tres hombres: a dos acróbatas, a un funámbulo y a tres aviadores.

EL TURISTA. — Esos son seis hombres, no tres.

LA SEÑORA BELICOSA (remedando, sarcástica, a su interlocutor). — ¡Esos son seis hombres, no tres!... ¡Adiós, Pitágoras!... ¿Ha visto a un tigre devorar a una mujer?

EL TURISTA (humildemente). — No, señora.

LA SEÑORA BELICOSA. — Lo suponía. Pues yo sí, con mis propios ojos... Déjeme el sitio, se lo ruego.

(El turista, abochornado, se levanta, encogiéndose de hombros. La señora, radiante, se acomoda en la Peña tan valientemente conquistada y deja a sus pies el retículo, el pañuelo, las pastillas de menta y el frasco de sales. Luego se quita los guantes y limpia los cristales de los gemelos, mirando con benevolencia a sus vecinos.)

LA SEÑORA BELICOSA (dirigiéndose a la señora cuyo esposo está en el «buffet»). — Debía usted sentarse, señora. Le dolerán a usted las piernas...

LA SEÑORA. — ¡Las tengo deshechas, señorial!...

LA SEÑORA BELICOSA. — Los hombres son hoy día tan mal educados, que nunca le ceden el sitio a una mujer... Habrá usted traído pastillas de menta...

LA SEÑORA (inquieta). — ¡No!... ¿Debía haber traído?...

LA SEÑORA BELICOSA. — ¡Claro!... El mirar mucho tiempo a lo alto marea... Amoníaco si habrá traído usted... ¿Tampoco?... ¡Qué descuido, Dios mío!... Cuando caiga ese joven se desmayará usted, como es lógico, y se necesitará amoníaco para hacerla volver en sí. ¿Ha traído usted, al menos, un poco de éter?... ¿No, eh?... Y ya que es usted... así, su marido... ¿dónde está su marido?...

LA SEÑORA. — En el *buffet*.

LA SEÑORA BELICOSA. — ¡Qué sinvergüenza!

EL PRIMER GUARDIA. — ¿De quién es esta manera? ¿Quién la ha tirado aquí?

EL CHIQUILLO. — Yo.

EL PRIMER GUARDIA. — ¿Para qué?

EL CHIQUILLO. — Para que el pobrecito se haga menos daño al caer.

EL PRIMER GUARDIA. — ¡Llévatela!

(Numerosos turistas, armados de kodaks, se disputan los sitios fotográficamente estratégicos.)

EL PRIMER PORTAKODAK. — Necesito este sitio.

EL SEGUNDO PORTAKODAK. — Usted lo necesita; pero yo lo ocupo.

EL PRIMER PORTAKODAK. — Lo ocupa usted desde hace un momento; pero yo lo ocupo hace dos días.

EL SEGUNDO PORTAKODAK. — Si no lo hubiera usted abandonado, o, al menos, al irse se hubiera usted dejado su sombra...

EL PRIMER PORTAKODAK. — ¡Llevaba dos días sin comer, caballero!

EL VENDEDOR DEL PEINE (en tono misterioso). — ¡Un peine de tortuga, auténtico!

EL PRIMER PORTAKODAK (furioso). — ¡Váyase usted a freír espárragos!

EL TERCER PORTAKODAK. — ¡Señora, por Dios! ¿Que se ha sentado usted encima de mi máquina fotográfica!

UNA SEÑORA PEQUEÑITA. — ¿De veras? ¿Dónde está?

EL TERCER PORTAKODAK. — ¡Señora, debajo de usted!

UNA SEÑORA PEQUEÑITA. — ¡Estaba tan cansada!... ¡Cómo iba yo a sospechar!... Retrátame usted, ¿quiere?... Me gustaría retratarme en la montaña.

EL TERCER PORTAKODAK. — Pero ¿cómo quiere usted que la fotografíe, si está usted sentada en la máquina?



EN EL PARQUE

EL GUARDA. — ¡Eh, amigo! ¿Que voy a cerrar la puerta!

EL VAGABUNDO. — Muchas gracias. Es usted muy amable. Así no habrá tanta corriente.

(De The Humorist, de Londres.)

UNA SEÑORA PEQUEÑITA (*levantándose asustada*). — ¿Por qué no me lo ha dicho usted?... ¿Retrata sola?

VOCES. — ¡Mozo, cerveza!... ¡Llevo una hora esperandol...! ¡Que me sirvan!... ¡Kellner!... ¡Mozo! ¡Un mondadientes!

(*Llega, jadeando, un turista gordo, rodeado de una numerosa familia.*)

EL TURISTA GORDO (*gritando*). — ¡Macha! ¡Sacha! ¡Potial! ¿Dónde está Macha? ¿Dónde diablos se ha metido Macha?

UN COLEGIAL (*malhumorado*). — Está aquí, papá.

EL TURISTA GORDO. — ¿Dónde?

UNA MUCHACHA. — ¡Aquí, papá, aquí!

EL TURISTA GORDO (*volviéndose*). — ¡Ah!... ¡Qué manía de ir siempre a mi espalda! ¡Míralo, míralo...!

Alí, en lo alto de la roca. Pero ¿adónde miras?

UNA MUCHACHA (*melancólica*). — ¡No sé, papá!

EL TURISTA GORDO. — ¡Todo le da miedo! En cuanto se pone el tiempo tempestuoso, cierra los ojos, y no los abre hasta que pasa la tempestad.

¡Nunca ha visto un relampago, señores! ¡Como ustedes lo oyen! ¿Ves a ese pobre joven? ¿Le ves?

UN COLEGIAL. — Si, papá; le veo.

EL TURISTA GORDO (*al colegial*). — ¡Pobre joven! ¡Quizás caiga de un momento a otro! ¡Mirad, hijos míos, qué pálido está! ¿Veis qué peligroso es trepar por las rocas?

EL COLEGIAL (*con triste escepticismo*). — ¡No caerá hoy, papá!

EL TURISTA GORDO. — ¡Qué tonterías! ¿Quién te lo ha dicho?

LA SEGUNDA MUCHACHA. — ¡Papá, Macha cierra los ojos!

EL COLEGIAL. — Déjeme usted sentarme un poco, papá. Le aseguro que no caerá hoy. Me lo ha dicho el portero del hotel... Estoy cansadísimo; nos pasamos el día entero recorriendo museos, armerías...

EL TURISTA GORDO. — ¡Lo hago por vosotros, imbécil! ¿Crees que a mí me divierte eso?

LA SEGUNDA MUCHACHA. — ¡Papá, Macha cierra los ojos!

EL SEGUNDO COLEGIAL. — ¡Yo también estoy movido! Ni de noche descanso ya; me la paso soñando que soy el Judío errante.

EL TURISTA GORDO. — ¡Cállate, Petka!

EL PRIMER COLEGIAL. — ¡Me he quedado en los huesos! ¡No puedo más, papá! Prefiero ser zapatero o porquero a ser turista.

EL TURISTA GORDO. — ¡Cállate, Sacha!

EL PRIMER COLEGIAL. — ¡No caerá hoy, papá, no se haga usted ilusiones!

LA PRIMERA MUCHACHA (*melancólica*). — ¡Ya va a caer, papá!

(*El desconocido grita algo que no se entiende.*)

Expectación.)

VOCES. — ¡Mirad!... ¡Ya va a caer! (*Los concurrentes miran con los gemelos al desconocido. Los portakodaks aperciben sus mágnas.*)

VOCES. — ¡Silencio!... ¡Va a caer!... ¿Qué dice?... ¡Silencio!...

EL DESCONOCIDO. — ¡Socorro!...

EL TURISTA GORDO. — ¡Pobre joven! ¡Qué horrible tragedia, hijos míos! Brilla el sol en el cielo sin nubes, murmura el viento entre los pinos, y el sinventura, de un momento a otro, caerá y se matará. ¡Es horrible! ¿Verdad, Sacha?

EL PRIMER COLEGIAL (*malhumorado*). — Si, es horrible.

EL TURISTA GORDO. — ¡Es horrible! ¿Verdad, Macha? ¿Os habéis hecho cargo? Brilla el sol, la gente come y bebe, cantan los pájaros, y el sinventura... Katia, ¿te acuerdas de Hamlet?

LA SEGUNDA MUCHACHA. — Si; Hamlet, el príncipe de Dinamarca, en Francfort.

EL TURISTA GORDO. — ¿En Francfort?

EL SEGUNDO COLEGIAL. — En Helsingfors. ¡Déjenos usted en paz, papá!

EL PRIMER COLEGIAL. — ¡Más valía que nos comprase usted unos emparedados!

EL VENDEDOR DEL PEINE (*en tono misterioso*). — Un peine de tortuga. ¡Auténtico!

EL TURISTA GORDO (*en voz baja y con gesto de conspirador*). — ¿Robado?... ¡No, señor!

EL VENDEDOR DEL PEINE. — ¡No, señor!

EL TURISTA GORDO. — Si no es robado, no puede ser de tortuga. ¡Largo!

LA SEÑORA BELICOSA (*benévola*). — ¿Son hijos de usted los cinco?

EL TURISTA GORDO. — Si, señora!... Los deberes paternos... Pero, como habrá usted visto, no se dejan educar: ¡el eterno conflicto entre los padres y los hijos!... Macha, ¡no cierras los ojos! ¡Qué horrible tragedia, señora!

LA SEÑORA BELICOSA. — Tiene usted razón: hay que educar a los hijos. Pero ¿por qué le llama usted a esto horrible tragedia? Los albañiles se caen a veces de las alturas grandísimas. El saliente donde está ese joven distará del suelo poco más de cien metros. Yo he visto caer del cielo a un hombre.

EL TURISTA GORDO (*encantado*). — ¿Del cielo?... ¿Oís, hijos míos? ¡Del cielo!

LA SEÑORA BELICOSA. — Si; a un aviador. Cayó desde las nubes sobre un tejado de cinc.

EL TURISTA GORDO. — ¡Qué horror!

LA SEÑORA BELICOSA. — ¡Eso es una tragedia! ¡Tuvieron que estar dos horas echándose agua con una bomba para hacerme volver en mí. Desde entonces nunca se me olvida el amoníaco.

A. R. H.

(Concluirá.)

AMADOR
— FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL, 13

Para hacerse amar locamente, no hay más que un medio: limpiarse la boca todos los días con Licor del Polo de Orive.



Compleja es la mujer, voluble y fría. Su ideario, de ideales no es ni de poesía ni anhela del amor su esencia pura. Ama lo material de la criatura. Lo que al contacto sensual fructifica. ¡La mujer... no es mujer; no es ni personal!

«DES D E N

»Porque sostengo su mirada alevé, se imagina esa impúdica gitana que la aurora surgirá de un mañana si su risa o su llanto me conmueve. ¡

»No forjes tal quimera soñadora; ni el blasón de tu espléndida belleza, ni tus besos de insana pecadora, sembrarán la locura en mi cabeza!

»No niego que tu hipnótico atractivo y el poder de tu boca vil y ardiente me rindieron tu esclavo y tu cautivo.

»Mas eso acaeció cuando incipiente fruí los amores incipientes de tu alma banal y delincuente.»

¿Eh?... ¿Qué tal el cabojubidense?...

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

J. R. G. Madrid. — ¡Hombre! ¡Si eso es viejísimo! Cualquiera. — ¡Cualquiera acepta sus obras, con lo malas que son!

L. M. Cabo Juby. — Muchos de ustedes no tendrán idea de dónde está Cabo Juby, y menos de que de allí ha de salir el genio poético del siglo. Voila:

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

«EVA HOY

»¡Ay la doncella! Bella como la Laura del Pe-
era, y como ella, blanca, con fulgores
[traca de es-
[trella.

¡Cómo inspiró mi flauta cuando fui su Menaleal

¡Oh, ya su amor feneció,

ya no me quiere!

¡Todo se oscureció

en el alma aquella!

¡Oh frívolas mujeres!

Tres años han pasado desde el día

que entre los trinos cristalinos de sus besos

mi corazón quedara.

Cual humo en espiral se esfumó eso.

¡Ay, moderna mujer, pérfida, impial

¡Si Fénix pensara;

si su mente sonara!...

¡La perjur!...

La virgen que Rubens jamás soñara,

seráfica en su forma y en su cara,

pero con alma impura.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

LA SEÑORA (*muy nerviosa, que va a emprender un viaje en tren, parte de cuya vía es una pendiente de conocido peligro*). — ¿Y este tren es bastante seguro?

EL MOZO DE ESTACIÓN. — Sí, señora; tiene un magnífico freno que funciona por medio del vacío.

LA SEÑORA (*nerviosa*). — ¿Y si ese freno fallara por casualidad?

EL MOZO. — Entonces se apelaría al freno de mano.

LA SEÑORA. — Y si ese freno fallara también, ¿adónde iría yo a parar?

EL MOZO. — Entonces, eso dependería de las acciones que ha cometido usted en esta vida.

Napoleón Carlomagno. — Andorra.

— ¿Cuál es el colmo de un valiente?
— Entrar en una confitería y comerse todos los cocos.

Estaño. — Carabanchel Bajo.

— ¿Sabes que voy a aprender esto del boxeo pa dirimir con brevedad las discusiones con mi parienta?

— Sí... Ahora, que ties que tener cuidao de que ella no aprenda el foot-ball.

Vitriolo. — Madrid.

En el confesonario.
— Diga, señor cura, ¿es pecado comerse el chocolate a escondidas de mamá?

— Sí, hija, si lo es.
— Pues, entonces, yo tengo tres onzas de pecado...

Un chistosillo. — Madrid.

— Si, señá Damiana, sí. El juego es un vicio asqueroso. ¡Cuántos hay que no saben leer si quiera, y en cuanto pillan una carta en sus manos se vuelven locos!

Un Vizcaíno. — Madrid.

— ¿Por qué todos los señoritos dicen auto?
— Por ahorrarse los diez del móvil.

Agustín Ortiz. — Granada.

— ¿En qué se diferencia Melilla de Alhucemas?
— En que en Melilla Anido, y a Alhucemas no han-ido.

Parranga. — Melilla.

Buscando parecidos.
— ¿Saben ustedes si una paloma tiene algún parecido con el drama de Zorrilla *Don Juan Tenorio*?
Después de un corto silencio, dice uno de la reunión:

— Si, señor, y grande.
— ¿Cuál es?
— Que la paloma tiene dos alas y el drama también.

— ¡...!
— «A-las nueve en esta calle y a-las diez en el convento.»

N. G. S. — Villafranca (Barcelona).

— ¿Por qué si Adán hubiese sido guardia de Seguridad no hubiera cometido el pecado original?
— Porque se hubiera contentado con darle vueltas a la manzana.

L. J. Luque. — Madrid.

Entre amigas.
— Me extraña que tu abuela, cuando cruza por mi calle, pase de largo.
— ¡Mujer!... Con sesenta años que tiene, ¿quiere que se ponga la falda corta y calcetines?...

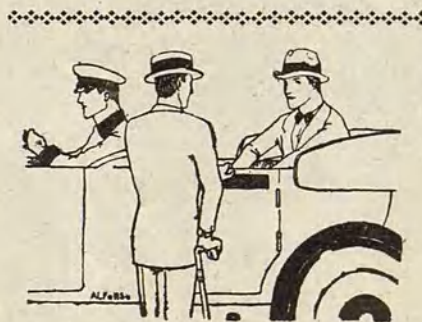
Emma Ferrari. — Alicante.

— ¿Cuál es el colmo de un fabricante de embutidos?
— Dar con la cabeza en una esquina y exclamar: ¡Sal-chichón!

A. C. — Quesada.

— ¿Por qué un valiente no puede quemar una escoba?
— Porque dirían Escoba-arde.

P. K. K. — Madrid.



Dib. ALFONSO. — Madrid.

— Entre varios amigos hemos puesto un casino en las afueras.
— Me extraña que hayáis puesto el círculo fuera del radio.

En una droguería.
— ¿Tiene usted espíritu de vino?
— Sí, señor.
— ¿Y espíritu de romero?
— Sí, señor.
— ¿Y espíritu de contradicción?
— También tengo. Espérese un momento. (El dueño, dirigiéndose al dependiente.) ¡Andrés, dile a mi suegra que bajel...

N. G. S. — Villafranca (Barcelona).

Entre ateneístas:
— He dicho y sostengo que la forma poética está llamada a desaparecer.
— ¡Y yo afirmo lo contrario!
— ¿Con qué autoridad discute usted eso?
— ¡Ya sabe usted que soy teniente de alcalde!

El Inmenso Cacharrillo.
Peña de Campos (Palencia).

— ¿Cuál es el colmo de una cocinera?
— Hacerse de una falda de la señorita una pa-ella.

Fay. — Madrid.

Había oído campanas...
En el edificio del Ayuntamiento del pueblo X había necesidad de hacer algunas reparaciones.

El alcalde, hombre celoso y activo si los hay, ordenó se hiciera un pedido de losetas de cemento que para la obra eran necesarias.

Pero transcurrieron días y más días, y la casa adonde se habían encargado los susodichos materiales, ni los manda, ni contesta, ni da señales de vida.

El alcalde, ya impaciente, se disponía a mandar a freir espárragos a la casa de materiales de construcción. Por fin, un día recibe, entre el montón de Boletines, Gacetas y oficios de costumbre, la ansiada carta, cuyo vistoso membrete delataba su procedencia.

— ¡Por fin se acordaron de contestarnos estos informales! — exclamó la mencionada autoridad mostrando el sobre a su secretario. Y de un tirón extrae su contenido, y al momento exclama: — ¡Acabáramos de una vez!

— Pero ¿qué pasa? — le pregunta el secretario, extrañado de que con sólo mirar la carta se hubiese enterado de su contenido el impaciente alcalde.

— ¡Qué ha de pasar! Mira este rótulo.
Y le muestra la epístola, en la que con gruesos caracteres decía: Memorándum.

— Bueno. ¿Y qué?
— ¿Que qué? Pareces tonto. Pues bien claro está: Memorándum, o sea, que este tío se ha muerto.

E. Arrayás. — Paterna del Campo (Huelva).

— ¿Cuál es la miss que más agrada a los borrachos?
— La mis-tela.
— ¿Y la más graciosa?
— La mis-celánea...

K. Beza.

Entre madre e hija.
— Te he dicho mil veces que debes callar mientras hable tu madre.
— En ese caso, me pasaré toda la vida con la boca cerrada.

C. Rojo. — Cuenca.

Durante unas tiradas de pichón que se celebraron en Alicante en presencia de su majestad, llamó la atención del rey uno de los tiradores por su acierto en hacer los blancos. Tanto fué así, que no pudo por menos que exclamar:
— ¡Qué bien mata este chico!...
— ¡Como que es médico, su majestad! — le contestó uno que estaba a su lado.

Rasca Tripas. — Daimiel.

Sobre todo la cacofonía.
Gedeón explica a sus alumnos las primeras nociones de retórica.

— Tengan ustedes mucho cuidado de evitar el encuentro de dos *aes*, porque la cacofonía es de un efecto deplorable. Así, por ejemplo, si tienen que decir *Voy a Andalucía*, es preferible que se expresen de este modo: *Voy a Cataluña*.

Antón Hernando. — Buenos Aires.

El premio del número anterior ha correspondido a **José Lozano, de Teuán**.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelta	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de mognal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensiva hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. MEL.—Madrid.

—Mira a Juanita. Está imposible desde que la ha dejado su novio.

—Sí... Está muy *despechada*.

Ayuntamiento de MADRID